

Promotio Iustitiae

LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO

Hacia la misión social de la iglesia en Asia

Denis Kim, SJ

La democracia en el sur de Asia – desafíos: la promesa de la democracia, un sueño lejano

Manu Alphonse, SJ

Democracia en África: un experimento en curso

Toussaint Kafarhire Murhula, SJ

Democracia en EEUU y Canadá

David Eley, SJ & Marco Veilleux

La democracia en Europa

Frank Turner, SJ

El camino pedregoso de la democracia Latino Americana

Alejandro Angulo Novoa, SJ



**Secretariado por la
Justicia Social y la Ecología**

Editor: Patxi Álvarez SJ

Coordinadora de Publicación: Concetta Negri

El Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús, publica *Promotio Iustitiae* en español, francés, inglés e en italiano, la página web: **www.sjweb.info/sjs/PJ**, donde podrá acceder tanto al número completo como a artículos señalados.

Si desea hacer algún comentario breve sobre un artículo será sin duda bien recibido. De igual modo si desea enviar una carta para su inclusión en un próximo número de *Promotio Iustitiae* utilice por favor la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la contraportada.

Les animamos a reproducir los artículos total o parcialmente siempre que lo consideren oportuno, agradeciéndoles que incluyan la cita de *Promotio Iustitiae* y su dirección, como fuente, y que envíen una copia al Editor.

ÍNDICE

Editorial.....	4
PATXI ÁLVAREZ, SJ	
Hacia la misión social de la iglesia en Asia	5
DENIS KIM, SJ	
La democracia en el sur de Asia - desafíos: la promesa de la democracia, un sueño lejano.....	13
MANU ALPHONSE, SJ	
Democracia en África: un experimento en curso	18
TOUSSAINT KAFARHIRE MURHULA, SJ	
Democracia en EEUU y Canadá.....	27
DAVID ELEY, SJ & MARCO VEILLEUX	
La democracia en Europa	32
FRANK TURNER, SJ	
El camino pedregoso de la democracia Latino Americana.....	42
ALEJANDRO ANGULO NOVOA, SJ	



Editorial

Patxi Álvarez, SJ

Los fenómenos básicos que modelan hoy las vidas de las personas han adquirido un alcance planetario: estilos de vida globales, cambios en el medio ambiente, migraciones, formas prevalentes de desarrollo, sistema universal de finanzas, etc. Al mismo tiempo, las formas concretas que adquieren estos fenómenos en cada país dependen notablemente del modo en que los estados organizan sus políticas. Unos estados que se hallan en constante dialéctica con poderes internos y externos que compiten por imponer sus intereses.

En la actualidad y principalmente desde la caída del muro de Berlín en 1989, la mayoría de los países en los que la Compañía de Jesús trabaja viven bajo diversas formas de democracia. De tal manera que las formas democráticas de los países tienen una notable fuerza configuradora de las vidas de las personas que acompañamos. En concreto, el modo en que se desarrollan las democracias presenta una particular influencia en la vida de los pobres.



Es por este motivo que hemos pedido a seis jesuitas una descripción de la salud de la democracia en cada una de las seis Conferencias en las que la Compañía está estructurada: América Latina, Norte América, Europa, África, Sur de Asia y Asia Pacífico. Su esfuerzo ha sido encomiable, pues no es fácil resumir en pocas páginas la situación de un buen número de países, por mucho que se encuentren en la misma región. En el conjunto de este número podemos descubrir una panorámica de la situación de la democracia en el mundo. Algunos de los autores se han atrevido a añadir una sección especialmente valiosa sobre qué podría realizar la Compañía para mejorar la vida democrática en las respectivas regiones.

Llama la atención que los autores señalan a las fuerzas económicas como un grave elemento distorsionador de la gestión política. Si la democracia busca respetar la igual dignidad de las personas mediante la participación, los poderes económicos están luchando sin cuartel por hacerse con el control de los resortes políticos buscando el propio beneficio y generando desigualdad, injusticia y sufrimiento.

Este número 109 de *Promotio Iustitiae* pretende ser un punto de partida para la discusión: una ocasión para dialogar en nuestras comunidades e instituciones sobre la salud democrática de nuestras sociedades y para explorar los modos en que podemos contribuir a su mejora. Es mucho lo que las aportaciones decididas de grupos religiosos y civiles pueden hacer por favorecer la vida de los más pobres.



Hacia la misión social de la iglesia en Asia

Denis Kim, SJ

En medio de las grandes diferencias existentes entre los países del Este y Sudeste asiático, el modelo de democracia prevalente en ellos favorece un autoritarismo que busca el desarrollo económico al margen del desarrollo sociopolítico. Este modelo, enfrentado a la democracia occidental, busca en los “valores asiáticos” una justificación para la limitación de la expresión política de los ciudadanos. La Iglesia ha tenido más éxito y ha resultado más inculturada allí donde se ha comprometido con la tarea histórica de la sociedad en general.

El contexto: Asia en desarrollo

Describir el carácter de la democracia en la región de Asia-Pacífico es una tarea compleja. Una de las causas de esta complejidad reside en que la región alberga numerosos e interesantes casos heterogéneos: sociedad comunista (Corea del Norte), sociedad post-socialista (China, Vietnam), sociedad salida de una guerra civil (Camboya), dictadura militar (Myanmar), democracia liberal (Australia). Muchos países de Asia-Pacífico –por ejemplo, Singapur, Malasia, Indonesia, Tailandia, Taiwán, Corea y Japón– pueden ser calificados de no liberales o situados en algún punto entre la democracia liberal y la no liberal.¹ En la Clasificación de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas de 2011, que incluye a todos los países del mundo, Japón ocupa el duodécimo lugar, Hong Kong el decimotercero, Corea del Sur el decimoquinto y Singapur el vigésimo sexto, seguido a larga distancia por Malasia en el sexagésimo segundo lugar². La mayoría de los demás países de la región, sin embargo, no se cuentan entre los cien primeros. En lo que atañe a la corrupción y la transparencia ocurre algo parecido, ya que unos cuantos países ocupan puestos elevados: Singapur el quinto, Hong Kong el duodécimo, Japón el decimocuarto y Taiwán el trigésimo segundo, seguido por Corea del Sur en el puesto cuadragésimo tercero³. Por consiguiente, es bien sabido que la mayoría de los países asiáticos dejan mucho que desear en lo relativo a la calidad de su democracia y su forma de gobierno. Algunos países incluso son tristemente famosos por las brutales violaciones de los derechos humanos que perpetran.



El cambio histórico experimentado por el contexto económico y político de la región resulta más iluminador que la mencionada clasificación en función del Índice de Desarrollo Humano. A pesar de las diferencias culturales, lingüísticas, históricas y étnicas, el Este y el

¹ Cf. Fareed Zakaria, «The Rise of Illiberal Democracy»: *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre 1997.

² <http://hdr.undp.org/en/data/trends/>

³ <http://www.guardian.co.uk/news/datablog/2011/dec/01/corruption-index-2011-transparency-international>

Sureste Asiáticos pueden ser comprendidos desde un punto de vista económico. Es la región que más rápidamente ha crecido en todo el mundo desde 1965. Su crecimiento económico suele ser descrito aludiendo al «patrón de desarrollo económico de los gansos voladores»⁴. Japón va en cabeza, seguido primero por los «cuatro tigres» (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), luego por los «pequeños tigres» del Sureste Asiático (Indonesia, Malasia, las Filipinas y Tailandia) y, en último lugar, por las economías poscomunistas (China y Vietnam). Si bien en menor medida, también de Myanmar y Corea del Norte se espera que sigan ahora tal patrón. La reciente «liberalización» de Myanmar puede ser interpretada en esta clave. Las noticias apuntan a que Corea del Norte se esfuerza por emular el modelo tailandés, en el que se persiguen a un tiempo la monarquía política y el desarrollo económico.

Dada la diversidad política de la región, así como la importancia del desarrollo económico en ella, el presente artículo se centra en cuestiones relativas a la democracia en los países conocidos como «tigres». Esta focalización se justifica por el hecho de que numerosos países del Este y del Sureste Asiáticos pertenecen a esa categoría. Además, es previsible que el patrón político-económico de tales países resulte aceptado con mayor facilidad como un modelo «asiático» alternativo al occidental, el cual se basa en la economía de mercado, la democracia liberal y la norma de los derechos humanos. El ascenso de China parece no solo confirmar este modelo alternativo, sino también favorecer su difusión. Curiosamente, la misión de la Iglesia, influida por el discurso de la inculturación, ha prestado, sin embargo, más atención al contexto religioso-cultural que a la política económica. Este artículo se propone llenar esa laguna examinando el contexto político-económico del Este y el Sureste Asiáticos y sus implicaciones para la misión social de la Iglesia. Comienza analizando la política económica de desarrollo adoptada en estos países, para luego valorar el debate sobre la democracia asiática. Por último, extrae las implicaciones de todo ello para el papel de la Iglesia en la región.

¿Estados de desarrollo o autoritarismo de desarrollo?

En el desarrollo del Este y el Sureste Asiáticos hay dos características que merecen atención en relación a la calidad de la democracia. Una es el papel de la mano de obra barata; la otra, el papel del Estado. El desarrollo económico ha sido impulsado fundamentalmente por la industrialización basada en la mano de obra intensiva. Debido al incremento de los costes laborales en el ganso de cabeza, desde los países situados en cabeza se transfirieron a los que les seguían –donde podía encontrarse mano de obra barata– tecnologías más antiguas e intensivas en mano de obra. Japón fue el primero en transferir tecnologías a las naciones del Sureste Asiático, proceder que luego imitaron los «cuatro tigres». El ascenso de China se debe también en gran medida a una industrialización basada en una mano de obra barata y flexible; de este proceso es posible hacerse una idea leyendo un reciente artículo de *The New York Times* sobre la producción del iPad de Apple⁵.

Por otra parte, en esta situación laboral, el papel del Estado es importante. Difiere tanto del papel que el liberalismo asigna al pequeño gobierno, como del que en el marxismo se atribuye al comité ejecutivo para el conjunto de la burguesía. El Estado ha desempeñado un

⁴ S. Kasahara, «The Flying Geese Paradigm: A Critical study of Its Application to East Asian Regional Development», United Nations Conference on Trade and Development, Discussion Paper # 169, abril 2004; Mitchell Bernard y John Ravenhill, «Beyond Product Cycles and Flying Geese: Regionalization, Hierarchy, and the Industrialization of East Asia»: *World Politics* 47 (1995), pp 171-209.

⁵ «In China, Human Costs Are Built Into an iPad»: *The New York Times*, 25 enero de 2010, accesible en <http://www.nytimes.com/2012/01/26/business/ieconomy-apples-ipad-and-the-human-costs-for-workers-in-china.html?ref=applecomputerinc>

papel activo de empresario planificando y moderando los sectores privados e incluso haciéndose cargo directamente de algunos sectores comerciales. Ha favorecido a las sociedades anónimas transnacionales no solo creando zonas de libre comercio y otorgándoles beneficios fiscales, sino también controlando los derechos y salarios de los trabajadores, a fin de asegurar a esas empresas mano de obra barata. De nuevo, el artículo de *The New York Times* ilustra cómo Apple se ha beneficiado de la explotación de trabajadores en China. El papel del Estado en los países del Este y el Sureste Asiáticos ha sido valorado de forma ambivalente. A buen seguro, la industrialización impulsada por el Estado ha contribuido a sacar a estos países de la pobreza. Sin embargo, ha sido llevada a cabo por regímenes autoritarios que disciplinan a los trabajadores por medio de incentivos y amenazas. Entre tales regímenes autoritarios no solo se cuenta la China poscomunista, sino también los «cuatro tigres». Quienes acentúan el primer aspecto –la iniciativa empresarial– llaman a estos Estados asiáticos «Estados del desarrollo»; en cambio, quienes enfatizan el segundo aspecto –el autoritarismo– denominan este modelo «autoritarismo del desarrollo».

La ambivalente valoración del papel del Estado ofrece el trasfondo para las bien conocidas controversias sobre los «valores asiáticos» y la universalidad de los derechos humanos. Antes de pasar a analizar esas controversias, conviene señalar que habitualmente se singularizan las siguientes sombras del rápido desarrollo económico de la región: la suspensión de derechos humanos y laborales, el desarrollo de una burocracia regida tan solo por criterios de eficiencia, la superioridad del Estado sobre la sociedad civil, el deterioro medioambiental, etc. La industrialización ha originado también el aumento de la desigualdad entre quienes se benefician de ella y quienes son excluidos de sus beneficios, así como entre quienes gozan de empleo estable y quienes carecen de él. La relación dinámica entre estos grupos desiguales influye en el paisaje político de la región y, por tanto, en la calidad de su democracia.

¿Democracia occidental o democracia asiática?

El Este y el Sureste Asiáticos constituyen una parte importante de la ola de democratización vivida en la década de 1980, en la que también se encuadra la caída de los antiguos países comunistas. Numerosos países de la región, desde las Filipinas y Corea del Sur hasta Tailandia y Taiwán, se democratizaron en virtud del poder del pueblo, y cundió el optimismo de que los regímenes autoritarios serían arrastrados por esta ola. Sin embargo, a comienzos de la década de 1990, los llamados «valores asiáticos», abiertamente defendidos en especial por quienes a la sazón eran los primeros ministros de Singapur y Malasia, pusieron en cuestión la democracia liberal occidental. Estos políticos propugnaron una disciplina autoritaria, presentando los «valores asiáticos» como la columna vertebral cultural capaz de fomentar la diligencia, la frugalidad, la disciplina y el trabajo en equipo. Sin embargo, la crisis económica que en 1997 vivió Asia pronto echó por tierra la triunfante presentación de los «valores asiáticos». Estos, en su día aclamados como uno de los motores del desarrollo asiático, se consideran ahora una fuente de capitalismo clientelista (*crony capitalism*) que se utiliza para justificar la ausencia de controles y contrapesos democráticos. No obstante, debido en parte al ascenso de China y en parte a la frustración de la inseguridad económica asociada a la política de desregulación, el pueblo asiste últimamente al resurgimiento de los «valores asiáticos» y a la propagación de una cierta añoranza de dictadores depuestos, así como a una suavización entre la clase media del recuerdo histórico de gobiernos autocráticos. En este contexto, hace unos cuantos años, el semanario

estadounidense *Time* dedicó en su edición de Año Nuevo un reportaje a las «vacilantes democracias asiáticas»⁶.

Los observadores occidentales señalan varias áreas en las que los países asiáticos necesitan perfeccionar la democracia:

- Cultura política: los ciudadanos deberían cultivar su ciudadanía, diferenciándose de súbditos o clientes que dependen de los gobernantes o patrones de turno⁷.
- Instituciones para controlar y contrapesar el poder: la sociedad debería desarrollar instituciones independientes -como, por ejemplo, los medios de comunicación social y la judicatura- capaces de ejercer control sobre el poder.
- Sociedad política: los partidos políticos deberían representar los diversos intereses y ser capaces de mediar entre el pueblo y el Estado.
- Sociedad civil: en especial, la esfera pública, que debería ser independiente del control del Estado, precisa ser fortalecida.

Estas observaciones se basan en el modelo de la democracia liberal occidental. Quienes creen que el modelo occidental no es universal abogan por una democracia asiática. No existe un consenso definido sobre los valores asiáticos ni tampoco un modelo de democracia asiática. Así y todo, se tiende a acentuar los siguientes aspectos:

- armonía y consenso social por encima de la confrontación y el disenso,
- bienestar socioeconómico en lugar de derechos humanos políticos y liberales,
- asistencia social y bienestar colectivo de la comunidad por encima de los derechos individuales.

A veces se presenta como comunitarismo asiático frente a individualismo y liberalismo occidental, junto con el énfasis en la nación o Estado por encima de los individuos. Por tanto, no tiene nada de sorprendente que varios regímenes autoritarios de Asia hayan empleado una lógica parecida con vistas a justificar su ejercicio autoritario del poder y la represión del disenso político. Además, esta lógica también se ha utilizado en la controversia sobre la observancia de los derechos humanos en China, en cuyo contexto se sostiene que las normas de derechos humanos son un arma moral de Occidente para domeñar a Asia imponiéndole los criterios occidentales.

Con independencia de la lógica cultural o política, la reivindicación de un modo asiático de democracia se puede llevar a cabo sobre la base de los logros de un Estado asiático en el terreno del desarrollo. Lee Kuan Yew, el padre fundador que construyó el moderno y próspero Singapur a partir de una pequeña ciudad-estado descolonizada y carente de recursos naturales, fue audaz a la hora de argüir a favor de los valores asiáticos. Mientras cimentaba el desarrollo capitalista de Singapur, solía comparar los regímenes socialistas con los capitalistas. Sin embargo, desde la década de 1990, evalúa los distintos países contraponiendo los que poseen valores asiáticos a los que no los poseen. Invitado a Manila, donde la democratización había tenido lugar en 1986, pero donde la economía aún pasaba por dificultades, afirmó: «A diferencia de lo que aseguran los comentaristas estadounidenses, yo no creo que la democracia conduzca necesariamente al desarrollo. Creo que lo que un país necesita para desarrollarse es disciplina más que democracia. La euforia de la democracia propicia condiciones carentes de orden y disciplina, adversas al

⁶<http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,1869271,00.html#ixzz1kcaURiND>

⁷ Cf. Robert D. Putnam, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton Univ. Press, Princeton 1993 [trad. esp.: *Para que la democracia funcione: las tradiciones cívicas en la Italia moderna*, Centro de Investigaciones sociológicas, Madrid 2011].

desarrollo». En su opinión, las Filipinas están lastradas por una doble rémora: su «constitución al estilo estadounidense», que mina la disciplina y estabilidad social, y su «carencia» de valores asiáticos. Estos dos factores explican que el país tenga menos éxito que otras naciones asiáticas en vías de desarrollo. «La prueba del nueve del valor de un sistema político es si ayuda a la sociedad a crear condiciones que mejoren el nivel de vida de la mayoría de la población, posibilitando además el máximo de libertades personales compatible con las libertades de los demás miembros de la sociedad»⁸.

La reafirmación de los valores asiáticos por parte de Lee ha suscitado críticas no solo en Occidente, sino también en la propia Asia. Sobre todo, otro líder asiático, Kim Dae Jung, más tarde premio Nobel de la Paz y presidente de Corea del Sur, refutó en su día a estos defensores de los «valores asiáticos». Argumentó que las tradiciones culturales asiáticas no solo respaldan el desarrollo económico, ampliamente encomiado en la ética del trabajo confuciana, sino también la democratización política, señalando que Mencio reconoce al pueblo el derecho de derrocar a un tirano. Esto pone de manifiesto las diversas interpretaciones posibles de las llamadas tradiciones asiáticas.

Los debates sobre los «valores asiáticos» ponen de manifiesto diversos estratos en el cambiante paisaje del Este y el Sureste Asiáticos. Sobre todo, hay que tener en cuenta que Lee y Kim son importantes líderes políticos de Asia. Lee es el arquitecto de Singapur, y eso le otorga credibilidad. En contraste, Kim, como disidente político, luchó contra el dictador Park, quien compartía la filosofía y el estilo políticos de Lee. El propio Lee, en su autobiografía, confiesa admirar a Park como modernizador de Corea. Así pues, la divergencia entre Lee y Kim es natural. Presentándose exitosamente a sí mismo como defensor de la democracia, Kim terminó ganando el premio Nobel de la Paz tras la celebración de la cumbre entre Corea del Norte y Corea del Sur. En este sentido, los debates sobre los «valores asiáticos» han respondido a una construcción más bien política y se han planteado a raíz del asalto de algunos políticos al rico depósito de las tradiciones culturales y religiosas de Asia. Las diferencias existentes en el interior de la propia Asia y el desarrollo dialógico y dialéctico de las mismas en el marco del confucianismo, el budismo o el islam son ignoradas o solo selectivamente acentuadas.

Los debates sobre los valores asiáticos no solo revelan orgullo por los logros de los países asiáticos, sino también una pretensión de superioridad sobre Occidente, sobre los antiguos colonizadores, al menos en el campo de la cultura y la moral, si bien todavía no en economía. Los defensores de estos valores suelen señalar las sombras que revelan los límites de la modernidad occidental, tales como el racismo, el excesivo individualismo y el incremento del crimen y de la tasa de divorcios. Sin embargo, es equívoco interpretar el debate sobre los valores asiáticos en el marco binario de democracia «asiática» contra democracia «occidental». Samuel Huntington, antiguo profesor de ciencias políticas en Harvard, incurre en este error cuando habla de un «choque de civilizaciones». Su tesis esencializa a Oriente como el opuesto simbólico de Occidente y pasa por alto la estructura político-económica que sostiene la diferencia y genera las dificultades de entendimiento. Al proceder de esta manera, tanto los defensores de los valores asiáticos como Huntington orientalizan las tradiciones asiáticas como intemporales e irrefutablemente personificadas en todos los asiáticos.

Más que desde el punto de vista de la diferencia de civilizaciones, la mejor manera de entender los debates sobre los valores asiáticos es, según señala Aihwa Ong, antropólogo de

⁸ *Far Eastern Economic Review*, 10 de diciembre de 1992. Cita tomada de Aihwa Ong, *Flexible Citizenship*, Duke University, Durham (Carolina del Norte) 1999, p. 71.

la Universidad de Berkeley, viéndolos como «legitimación de estrategias estatales que persiguen reforzar los controles en el propio país y fortalecer las posturas de negociación en la economía global»⁹.

En otras palabras, la diferencia entre Oriente y Occidente es más fácil de entender en el contexto de la globalización neoliberal. Mientras que el neoliberalismo estadounidense menoscaba los principios democráticos de igualdad social en tanto en cuanto privilegia en exceso los derechos individuales, la prevalente estrategia asiática en el mercado global menoscaba la democracia limitando la expresión política de los individuos en tanto en cuanto privilegia en exceso la seguridad colectivista. La reciente añoranza de líderes autoritarios ilustra el hecho de que la emergente clase media –la principal beneficiaria del desarrollo económico en estos países «tigre»– exige un mejor gobierno no tanto en lo concerniente a representación democrática, sino en la eficiencia del Estado a la hora de garantizar la seguridad y la prosperidad social en conjunto.

El Estado-nación y las migraciones

El desarrollo dirigido por el Estado y su éxito han configurado los movimientos de los pueblos. Al cabo de varias décadas de desarrollo económico, las principales potencias económicas en el Este y el Sureste Asiáticos, tales como Japón, Corea, Taiwán, Singapur y Malasia, se han convertido en destino de inmigrantes y las migraciones internacionales dentro de la región se han incrementado rápidamente. Como es obvio, las típicas causas de las migraciones internacionales entre Norte y Sur –por ejemplo, las diferencias en estructura económica, expectativa de vida, demografía, condiciones sociales y estabilidad política– también pueden explicar en parte estas migraciones intrarregionales.

Las características del desarrollo dirigido por el Estado ilustran, sin embargo, un patrón de exclusión social distinto del que se da en los países occidentales que reciben inmigrantes. Desde el punto de vista étnico y racial, los países receptores de inmigrantes en el Este y el Sureste Asiáticos, salvo Singapur y Malasia, son altamente homogéneos: 98% de coreanos en Corea del Sur, 98,5% de japoneses en Japón, 91,5% de chinos de la etnia Han en China y 98% de chinos de la etnia Han en Taiwán. No es sorprendente que la ley de ciudadanía se base en el *ius sanguinis* y que los extranjeros no sean tratados como iguales. En otras palabras, la línea divisoria entre «nosotros» y «ellos» se traza fácilmente según principios de sangre. Ello explica en parte la cultura nacionalista dominante en estos países. El Estado se concibe como una extensión de la familia y la nación es un Estado. Por consiguiente, los extranjeros se convierten con facilidad en súbditos a los que el Estado presta atención, «cuida» y controla en beneficio de su programa, que suele ser interpretado como programa nacional. Es la consecuencia lógica de un Estado que no solo orquesta la economía, sino que organiza toda la sociedad para propiciar el desarrollo económico. Además, estos países están orgullosos de ser países mono-étnicos, y las minorías étnicas son fácilmente ignoradas en aras del bien de la nación. Los descendientes de coreanos en Japón y los descendientes de chinos en Corea llevan mucho tiempo discriminados y marginados.

En resumen, concentrando su atención en las economías «tigre» de la región, el presente artículo ha analizado el desarrollo económico, en el que el Estado desempeña un papel decisivo, como principal característica común de la región. El fomento del liderazgo autoritario o democracia asiática revela no solo el orgullo que estos países sienten por sus logros, sino también el modo de regulación social vigente en ellos, capaz de asegurar el desarrollo económico minimizando al mismo tiempo el coste sociopolítico. Obviamente,

⁹ A. Ong, *op. cit.*, p. 11.

como ya se ha afirmado antes, estas características difieren de las de Corea del Norte, Myanmar y algunos otros países. Sin embargo, es de prever que el ascenso de China afirme y refuerce la difusión en la región del modelo de desarrollo dirigido por el Estado, junto con la correspondiente regulación social.

Hacia la misión social de la Iglesia

El contexto político y económico del Este y el Sureste Asiáticos obliga a la Iglesia a repensar su misión social. La recepción y apropiación creadora de la doctrina social católica parece variar de unas Iglesias locales a otras. Dos factores, uno interno y otro externo, pueden explicar la diversidad de esta recepción. Internamente, el discurso de la «inculturación» ha llevado a la Iglesia a centrarse en la cultura o la religión. A pesar de la importancia de la sensibilidad para con las culturas locales, acentuada desde el Vaticano II, los esfuerzos de inculturación no siempre han eludido, sin embargo, el peligro de esencializar la cultura de un modo dualista, al estilo de lo que hace el discurso sobre el choque de civilizaciones. Algunas formas de teorizar la inculturación asumen que la llamada cultura moderna, occidental y capitalista es mala, mientras que la cultura local es romantizada como fuente de identidad. Sin embargo, Occidente «está ahora por doquier, dentro de Occidente y fuera de él: en estructuras y mentalidades»¹⁰. En la práctica no existe ninguna cultura local pura, no influida por la modernidad occidental. La inculturación puede ser vana si carece de un análisis del contexto económico y político y de una respuesta apropiada a ese contexto. Externamente, la Iglesia es una religión menor¹¹ en una sociedad en la que el Estado se constituye como un poderoso factor de regulación. Por eso, con frecuencia se ha considerado un riesgo para la Iglesia su involucración en los asuntos públicos. Ello ha conllevado que la misión social de la Iglesia haya quedado fácilmente confinada al ámbito religioso y espiritual, dentro de las fronteras del nexo preexistente entre el Estado y la sociedad, en vez de centrarse en llevar a la práctica los desafíos de la doctrina social católica.

Resulta irónico, sin embargo, que las Iglesias socialmente comprometidas con el bien común hayan sido las más exitosas a la hora de conseguir conversiones en Asia. Las Iglesias que más rápidamente han crecido en el pasado medio siglo han sido las de Timor Oriental y Corea del Sur. En Timor Oriental la población católica ha crecido del 25% en 1975 al 98% en 2005, y los católicos en Corea del Sur han pasado de representar aproximadamente el 3% de la población en 1960 al 10,1% en 2005: se trata de un fenómeno único en Asia. A pesar de las diferencias de contexto histórico y ubicación social de ambas Iglesias, la característica común de la Iglesia católica en estos dos países radica en su contribución a la tarea histórica afrontada por sus respectivas sociedades. La tarea en Timor Oriental fue la independencia (descolonización) respecto de Indonesia; y en Corea del Sur, la democratización. Los antiguos obispos Belo de Dili, en Timor Oriental, y Kim de Seúl, en Corea del Sur, respondieron a esta tarea histórica en el espíritu del Evangelio y del Vaticano II a pesar del elevado riesgo que ello representaba. Debido al liderazgo ejercido en –y a la contribución realizada a– estas tareas históricas, uno y otro pasaron a contarse entre las personas más respetadas en sus respectivos países. Como resultado, la Iglesia católica en Timor Oriental y Corea del Sur disfruta de autoridad moral, una circunstancia quizá más valiosa para cualquier religión que el disponer de recursos políticos y económicos. Y lo que es más importante, aunque la gente no ignora su origen occidental, la Iglesia no es percibida ya como una religión foránea. La transformación del modo en que se percibe a la Iglesia se ha

¹⁰ Cita tomada de A. Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press, Princeton 1995, p. 224.

¹¹ En el Este y el Sureste de Asia, los católicos representan más del 5% de la población total únicamente en las Filipinas, Timor Oriental, Corea del Sur y Vietnam.

producido tanto en uno como otro país gracias a que la comunidad eclesial desempeñó un papel fundamental en el cambio histórico experimentado. ¡Una verdadera inculturación!

La Iglesia en la región puede aprender la lección de la experiencia histórica de Timor Oriental y Corea del Sur. Se trata de la contribución de la Iglesia a la tarea histórica de la sociedad en general. El cardenal Kim afirmó que la razón de ser de la Iglesia no estriba en su propio bien, sino en el bien del conjunto de la sociedad, y se esforzó en que así fuera, a pesar de la oposición que encontró tanto dentro como fuera de la Iglesia. Especialmente en aquellos países en los que el Estado trata de domesticar a la sociedad y de presentarse a sí mismo como agente del bien de la nación, el papel de la Iglesia deviene más importante y adquiere mayor potencial. Debería definir el bien común en su propio contexto, un contexto en el que el Estado suele definir el bien de la nación de manera diferente a como lo hace la doctrina social católica. En un mundo globalizado, la Iglesia, en cuanto institución transnacional, puede encontrar con mayor facilidad que antes un espacio y unos recursos que le permitan contrapesar al Estado y tejer redes en pro del bien común. Como miembros de una orden religiosa universal, los jesuitas podemos desbrozar muchas sendas para servir a la Iglesia en Asia definiendo el bien común, trazando planes estratégicos para hacerlo realidad y movilizándolo y conectando personas y recursos, de modo que tales planes puedan ser llevados a la práctica.

Original inglés
Traducción de José Lozano Gótor



La democracia en el sur de Asia – desafíos: la promesa de la democracia, un sueño lejano

Manu Alphonse, SJ

En el Sur de Asia la democracia política continúa sin beneficiar a las grandes mayorías, debido a la ausencia de una verdadera democracia socioeconómica. Esta ausencia genera acusadas desigualdades de clase, casta, raza, género y minorías. Los signos de esperanza proceden de los movimientos de base, que congregan a mujeres, pueblos indígenas y minorías que reclaman la satisfacción de sus necesidades básicas y defienden sus derechos.

En el Sur de Asia en 2012, ¡la democracia está asediada! Para los habitantes de la región, cuyo número supera los mil quinientos millones, el dividendo democrático que afloró como una inmensa promesa poscolonial a mediados del siglo XX sigue siendo un sueño incumplido.

La democracia verdadera es, sin duda, la mejor opción; de ahí que en el curso de las últimas décadas hayan aflorado por toda la región aspiraciones y demandas democráticas de base.



Tanto la India y Bangladés, con sus «democracias parlamentarias», como Sri Lanka, Nepal y las Maldivas, con sus «repúblicas democráticas», e incluso Pakistán, con su «república islámica» y Bután, con su «monarquía constitucional», han ensayado desde que obtuvieron la independencia diversas formas de gobierno democrático con el fin de abordar las crecientes expectativas de sus ciudadanos. Y Afganistán, el último país en adherirse a la Asociación para la Cooperación Regional en el Sur de Asia (SAARC por su siglas en inglés, *South Asian Association for Regional Cooperation*), atrapado entre los juegos imperialistas occidentales y el terrorismo de los talibanes, lucha por sobrevivir como democracia y como nación.

La Carta Democrática de la SAARC declara solemnemente: «Convencidos de que los gobiernos no democráticos ni representativos debilitan las instituciones nacionales, socavan la constitución y el gobierno de la ley y amenazan a la larga la cohesión y la estabilidad social, por la presente nos comprometemos a fortalecer las instituciones democráticas y a reforzar las prácticas democráticas».

Así y todo, las aspiraciones democráticas de la mayoría de los ciudadanos de la región se perfilan aún como un horizonte lejano y en continua recesión. La mayor parte de las instituciones democráticas (judicatura, poder ejecutivo, cámaras legislativas) introducidas poco después de la independencia, mas concebidas aún en su mayor parte según el molde colonial, se desmoronan debido al elevado grado de corrupción y a los bajos niveles de moral, responsabilidad, transparencia y participación pública.

Democracia política sin democracia socioeconómica

Justo en la antesala de la declaración de la India como república democrática, el doctor Ambedkar, el gran visionario indio y arquitecto de la constitución del país, ya advirtió: «El 26 de enero de 1950 vamos a iniciar una vida llena de contradicciones. Tendremos igualdad en el ámbito político, mientras que en la vida social y económica predominará la desigualdad». Ambedkar estaba profundamente convencido de que la mera democracia política, si no iba acompañada de la democracia socioeconómica, no serviría de nada a la mayoría de los ciudadanos; además, definió la democracia como un sistema socioeconómico en el que cada individuo, por débil que sea, tiene espacio y capacidad para determinar su vida y el medio de ganarse el sustento. En la actualidad, cuando el Sur de Asia mira hacia el futuro de este siglo XXI, la profecía de Ambedkar se ha hecho más que realidad, no solo por lo que respecta a la India, sino para toda la región.

El Sur de Asia siempre ha tenido el mayor número de pobres e indigentes del mundo entero, en algunos casos en situaciones incluso peores que aquellas de los países del África Subsahariana. Una región en la que reside el 23% de la población del planeta contribuye menos del 3% al P.I.B. mundial y alberga a 400 millones de pobres. Los Informes de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sitúan de manera sistemática a la mayoría de los países del Sur de Asia casi en último lugar en lo que atañe a desarrollo humano medido según niveles de educación, salud y calidad de vida.

Y en las últimas décadas, puesto que la mayoría de los países del Sur de Asia han adoptado políticas económicas neoliberales y determinadas por los mercados, en la región han aparecido acusadas desigualdades de clase, casta, raza, género y minorías.

- A lo largo y ancho de la región, los pueblos indígenas han seguido viéndose obligados a múltiples desplazamientos, debidos a la indiscriminada destrucción de tierras, bosques y montañas por la minería a gran escala y por los proyectos de desarrollo. La grave degradación de los recursos naturales, el agua, la tierra y el medio ambiente asociada a todo ello ha convertido la sostenibilidad del proceso de desarrollo en un gran interrogante. Tales desplazamientos han ocasionado asimismo masivos movimientos migratorios dentro de los propios países y de unas zonas a otras de la región, pero también fuera de la región, en busca de trabajo en Oriente Medio y en el Sureste Asiático, a menudo en condiciones del todo inhumanas y sin garantía alguna de los derechos humanos básicos.
- Como señala el Informe de Desarrollo Humano de 2011, «en el Sur de Asia las mujeres están por detrás de los varones en todas y cada una de las dimensiones del Índice de Desigualdad de Género (IDG), sobre todo en educación, representación parlamentaria nacional y participación en el mercado de trabajo». A lo largo de los años, las pérdidas debidas a la desigualdad de género en el Sur de Asia son enormes, inferiores tan solo a las del África Subsahariana.

La casta continúa siendo un importante factor de discriminación en la vida y las políticas públicas, así como dentro de la sociedad civil, especialmente en la India, Bangladés, Nepal, Pakistán y Sri Lanka. Los *dalits*, rezagados en todos los indicadores de desarrollo humano, han seguido padeciendo violaciones inhumanas de su dignidad, así como de sus derechos y medios de vida. En los últimos tiempos, los fundamentalismos de toda índole -religiosa, racial y regional- se han convertido en importantes desafíos en estos países, lesionando gravemente los derechos de las minorías en el área. Los tamiles y musulmanes en Sri Lanka, los hindúes y cristianos en Pakistán y Bangladés y grupos musulmanes y cristianos (en especial *dalits* e indígenas) en la India han sido víctimas del terrorismo ejercido conjuntamente por el Estado y la mayoría dominante, sin salvaguarda alguna de los derechos reales de las minorías. Y en países como Bangladés y las Maldivas, una mayor penetración de perspectivas fundamentalistas en las comunidades mayoritarias está poniendo en considerable peligro a la democracia.

Incapaces de responder a las legítimas demandas socioeconómicas de sus ciudadanos, los Estados de la región tienden a volverse cada vez más represivos, recurriendo a menudo a la pantalla de humo de la «lucha contra el terrorismo». El terrorismo de Estado de diversa índole, respaldado por la importación masiva de armamento destructivo, tiende a conculcar hasta los derechos humanos básicos, en especial los de los pobres, *dalits* e indígenas del área y, sobre todo, los de las mujeres y niños de estos grupos. ¡Nada tiene de sorprendente que en 2012 la región se haya convertido en el principal importador de armas del mundo entero!

La ya antigua demanda de un Mecanismo Regional de Derechos Humanos -que, en conformidad con los principios de los derechos humanos universalmente aceptados, establezca normas para proteger y promover los derechos humanos y la justicia social de los pueblos de la región- sigue sin ser atendida. La SAARC, el organismo oficial a escala interestatal, obstaculizada por la desigualdad existente entre los Estados miembros y por las ambiciones y poderes geopolíticos, no ha pasado de ser, en su mayor parte, un foro donde se habla mucho, pero donde se toman pocas decisiones.

La sociedad civil de base resurge: signos de esperanza

En medio de retos prácticamente insuperables, la aparición por toda la región de una amplia variedad de iniciativas de la sociedad civil -tales como movimientos y luchas populares que congregan a mujeres, pueblos indígenas y minorías para reclamar la satisfacción de sus necesidades básicas y hacer valer sus derechos humanos- ofrece signos de esperanza. El fortalecimiento de los gobiernos locales, si bien sujetos a innumerables manipulaciones políticas, ha comenzado a propiciar la participación de las mujeres y los pobres en el poder y el gobierno de la región.

Y en el plano regional, foros tales como la «SAARC del Pueblo», la Red del Sur de Asia para el Desarrollo Agrícola y Social (SANSAD por sus siglas en inglés, *South Asian Network for Social and Agricultural Development*) o la Red del Sur de Asia para los Derechos Humanos de los *Dalits*, etc., que aseguran los contactos e interacciones entre la gente de la calle al margen de los foros interestatales oficiales, se han involucrado recientemente en la formulación de una visión alternativa para el Sur de Asia basada en los derechos humanos y en las demandas de los sectores más marginados de la región.

Desafíos pendientes

La Consulta de la Compañía de Jesús del Sur de Asia de 2010, celebrada en la estela de la última Congregación General bajo el lema: *Towards New Frontiers together* [Juntos hacia

nuevas fronteras], singularizó el problema de desplazados y migrantes, el fundamentalismo y las preocupaciones medioambientales como las principales áreas de acción para los jesuitas de la región. Se trata verdaderamente de importantes ámbitos para el compromiso de los jesuitas, tanto en el plano individual como colectivo.

Si bien es importante delinear áreas de acción, igual de importante es para los jesuitas de la región determinar asimismo los diversos niveles de compromiso y las principales esferas de participación. Incidencia en las políticas públicas (*public policy advocacy*) con vistas a propiciar cambios concretos, investigación social focalizada y capaz de sacar a la luz las contradicciones e injusticias ocultas del sistema, acompañamiento de los pobres en sus momentos de desesperanza... Todas estas son áreas y esferas en las que los jesuitas del Sur de Asia están llamados a ofrecer liderazgo intelectual, apoyo institucional y estímulo.

Hacia una nueva forma de ser minoría

En una situación como la del Sur de Asia, donde los cristianos constituyen una minúscula minoría, la Iglesia y las congregaciones religiosas han tendido más a salvaguardar sus intereses institucionales (escuelas y universidades, hospitales...), que a ser una fuerza catalizadora del proceso de transformación social. En este contexto, es importante para los jesuitas de la región mostrar que existe una forma alternativa de ser minoría: involucrarse en las luchas en pro de los derechos de las minorías -sin distinción de religión, raza o casta- y, en especial, de sus miembros más desfavorecidos: los indígenas, los *dalits* y las minorías étnicas y lingüísticas.

Dada su condición de minoría, también es fundamental para la Iglesia y para los jesuitas de la región unirse a procesos seculares alternativos de transformación sociocultural, desempeñando diversos papeles de liderazgo intelectual, animación y apoyo institucional. Principalmente para los jesuitas, tiene importancia asumir papeles clave en los foros regionales de incidencia popular (*People's Advocacy*) en los que se reúnen múltiples formas de participación: la movilización de base, la investigación social y los grupos de presión (*lobbies*) populares. La reciente Iniciativa de los Pueblos del Sur de Asia (SAPI por sus siglas en inglés, *South Asian People's Initiative*), nacida en el contexto del Foro Social Mundial, representa sin duda un paso en la dirección adecuada, pero necesita despojarse de su tendencia a quedar circunscrita a los «círculos de compromiso jesuita» y desempeñar un papel catalizador en foros seculares de incidencia más amplios, tales como la SAARC de los Pueblos y la SANSAD, esto es, la Red del Sur de Asia para el Desarrollo Social y Agrícola.

Hacia una religión democrática secular

Cuando las contradicciones de un desarrollo económico desigual se agudizan, la elite gobernante encuentra en la religión una herramienta de manipulación y distracción fácil de manejar. ¡Y hombres-dioses que se aprovechen de la ingenuidad y la fe sencilla de las masas abundan en la región, como también por doquier!

Los jesuitas, como miembros de una respetada congregación religiosa, tienen el nuevo reto de transformar la religión y todas las religiones en instrumentos de sanación y empoderamiento de quienes carecen de poder -no de manera comunal, sino con un estilo verdaderamente liberador. Podrían así seguir la tradición del gran emperador Ashoka, hindú convertido al budismo que ya en el siglo IV a.C. promulgó un edicto sobre el buen gobierno basado en los valores de la tolerancia, el respeto mutuo y la no violencia; del emperador mogol Akbar, quien diálogo con todos (¡incluidos los jesuitas!) para desarrollar *dinllahi* (la religión de Dios), sintetizando lo mejor de cada una de las religiones; de los

poetas místicos sufíes como Kabir, que celebraban al Dios de los pobres, etc. Los jesuitas se enfrentan verdaderamente al desafío de redescubrir el núcleo de su identidad «religiosa» y de sumarse a los esfuerzos por convertir la religión en una poderosa herramienta para trabajar en pro de la democracia y la justicia.

Hacia el papel de defensores de los derechos humanos universales

En una situación de creciente violación de los derechos humanos básicos y de las vidas de los sectores socioeconómicamente marginados de la región, los jesuitas debemos ejercer toda la presión que podamos en demanda de un mecanismo regional de defensa de los derechos humanos, como, por ejemplo, la Comisión de Derechos Humanos del Sur de Asia, exigiendo responsabilidades a todos los gobiernos de la región. Nuestros investigadores e institutos de investigación social deben hacer converger sus energías y recursos en tales iniciativas específicas.

Por último, la democracia no se reduce al ejercicio del derecho a voto; antes bien, es el terreno abierto y el horizonte donde los más impotentes conquistan la capacidad y el espacio necesarios para redescubrirse a sí mismos como plenamente humanos y plenamente divinos. Y en palabras de la GC 35, los jesuitas del Sur de Asia están realmente llamados a transformarse en «fuego que enciende otros fuegos», volcándose al servicio de la democracia -política, social y económica- en la región, de modo que todo niño, toda mujer y todo varón del Sur de Asia puedan experimentar de verdad la justicia y la paz de Dios mismo.

*Original inglés
Traducción de José Lozano Gótor*



Democracia en África: un experimento en curso

Toussaint Kafarhire Murhula SJ, Loyola University, Chicago

Resumen: las expectativas democráticas en África giran en torno a tres áreas principales, la distribución de la riqueza, la del poder y la del valor o dignidad. La democracia africana está en marcha, aunque la experiencia se presenta con frecuencia acompañada de las paradojas propias de la forma actual de democracia liberal. Después de dos décadas de experimentos democráticos la conciencia política y la educación cívica están en auge.

Introducción

Los recientes golpes militares de Estado en Mali y Guinea Bissau, las fraudulentas elecciones presidenciales en la República Democrática del Congo, la candidatura inconstitucional a un tercer mandato del presidente senegalés Abdoulaye Wade y la violencia poselectoral en Kenya en 2007 son inquietantes desarrollos que sugieren la existencia de una profunda crisis institucional de la democracia en África. Otras circunstancias que suscitan preocupación son los mandatos en apariencia vitalicios de



jefes de Estado como Paul Biya en Camerún, Robert Mugabe en Zimbabue, Eduardo dos Santos en Angola y Yoweri Museveni en Uganda, así como las reelecciones por mayoría abrumadora al estilo soviético, como ocurrió en Ruanda en 2010. Aunque solo en 2011 hasta 27 países del África Subsahariana celebraron elecciones decisivas, cada vez es mayor el reconocimiento de que las elecciones por sí solas no hacen la democracia. La actual tendencia hacia el declive democrático sugiere la necesidad de un análisis que vaya más allá de la lectura superficial del paisaje político de África. ¿Está la democracia realmente en decadencia en el continente africano? Y si ello es así, ¿a qué se debe? ¿Qué fue lo que desencadenó en primer lugar el proceso de democratización de África a principios de la década de 1990? ¿Fue aquel fenómeno una mera moda posterior a la Guerra Fría, que ahora, una vez que el interés entusiasta por el cambio ya ha pasado, está entrando en recesión? Es posible que, como han sugerido algunos, la democracia esté fracasando en África porque se trata esencialmente de un proyecto occidental que carece de relevancia universal (Held 1987, p. 12; Monga 1996, p. 68). Para entender el experimento democrático africano, es fundamental establecer primero la ontología del concepto, para a continuación determinar las condiciones bajo las cuales aflora y se consolida la democracia.

Las expectativas democráticas de los africanos

Hasta comienzos de la década de 1990, la mayoría de las naciones africanas estaban dominadas todavía por dictaduras y Estados patrimoniales y unipartidistas, así como por la falta de transparencia y responsabilidad de los líderes, las desigualdades sociales y las injusticias. Todo ello llevó a la inestabilidad interna y a las guerras civiles de carácter étnico. El proceso de democratización en África coincidió con el hundimiento del comunismo y el final de la Guerra Fría. Y si bien los últimos veinte años de experiencia democrática han sido bastante chapuceros y caóticos, muchos observadores achacan este hecho al atraso cultural de África. Afirman que la multiplicidad de grupos étnicos no facilita al continente la adopción de principios de gobierno democrático. Algunos de estos observadores han evaluado la experiencia democrática en el marco temporal que se extiende desde las primeras elecciones libres de Benin en 1991 hasta el final de la guerra civil en Sierra Leona y Liberia en 2006. Durante este periodo, señalan, únicamente tres de los cuarenta y ocho Estados del África Subsahariana «intentaron llevar a cabo transiciones nominales con la celebración de elecciones multipartidistas por primera vez en veinte años» (Barkan 2009, p. 4). Otras evaluaciones, como, por ejemplo, la de la *Freedom House* [Casa de la Libertad], distinguen entre democracias electorales y democracias liberales solo para reconocer una disminución del número de democracias en el África Subsahariana: de 24 en 2005 a 19 en 2012. El Índice Mo Ibrahim es aún más riguroso y constata un descenso del 5% en la participación política desde 2007, evidenciando al mismo tiempo que solo un país –Isla Mauricio– cumple los requisitos de una democracia plena (*The Economist*, número de 31 de marzo de 2012, p. 57).

Esto muestra cuán difícil es hablar de democracia en África. A pesar de los modos tan taimados en que los líderes africanos posteriores a la Guerra Fría se aferran al poder de una manera que recuerda a los dictadores del periodo posindependentista, África no posee el monopolio sobre la corrupción ni sobre la renuencia al buen gobierno (Monga 1996, 2009). Sin embargo, el continente africano constituye un mosaico de culturas, sistemas políticos, trayectorias históricas y redes económicas, y su experiencia democrática no puede ser reducida a mera función de una abarcadora variable explicativa como pueda ser el atraso cultural. Aunque me explayaré con toda intención en las paradojas democráticas africanas, también voy a sostener que en África no todo son democracias fracasadas. Es mucho lo que se puede aprender de numerosos buenos ejemplos de transición y consolidación democrática, estabilidad política y alternancia en el poder. Ghana, Botsuana, Benin, Senegal o Zambia son ejemplos tan positivos que no deben ser pasados por alto. La presunción de fracaso democrático quizá tenga su origen en algo que el escritor nigeriano Chinua Achebe puso hace tiempo de relieve, a saber, la imagen negativa de África como un lugar donde nunca nada ha funcionado. Pero, antes de seguir adelante, consideremos las expectativas democráticas africanas y los factores que podrían explicar el fenómeno democrático de comienzos de la década de 1990.

La aparición de la democracia liberal en el mundo entero después de la Guerra Fría resultó atrayente para todas las naciones, en especial para los países en vías de desarrollo, puesto que todo ciudadano podía reivindicar idénticos derechos o, al menos, sentirse investido de ellos. En el plano político, la democracia simbolizaba la mejor alternativa posible a los regímenes totalitarios que caracterizaron la mayor parte del siglo XX, ya fueran el nazismo, el fascismo, el comunismo o las autocracias africanas poscoloniales. En el plano socioeconómico, la democracia fue considerada casi como la panacea contra la corrupción, las desigualdades y las injusticias sociales que assolaban el continente desde la consecución de la independencia. De ahí que los procesos electorales llegaran a constituirse en la mejor

manera de castigar a los malos líderes políticos y reemplazarlos por otros más prometedores. En cuanto tal, la democracia reinstauró la participación de los ciudadanos en la elección de los líderes cuyas decisiones afectan a sus vidas diarias. Para funcionar adecuadamente, un sistema democrático requiere, sin embargo, algo más que de elecciones. Además de elecciones periódicas y limpias, es importante que estén presentes los siguientes factores: una sociedad civil empoderada y empoderadora; instituciones sólidas que contribuyan a mantener un respeto absoluto a la constitución y a proteger la dignidad y los derechos humanos fundamentales; un sistema multipartidista; libertad de expresión; y una cultura política que preserve el equilibrio entre los intereses del Estado y los de las mayorías y minorías frente a diferentes formas de perversión política. Para los africanos, los cambios democráticos comportaron la ruptura con y la liberación de las dictaduras militares, la libertad respecto de toda clase de opresión y el gobierno según principios rectos capaces de garantizar una paz duradera y una justa distribución de los recursos.

Investigación conceptual

Las consideraciones conceptuales son necesarias no solo por gusto hacia los debates académicos, sino también por sus repercusiones prácticas, pues nadie puede anhelar o abrazar algo que no conoce ni comprende. Como sostiene Horowitz (2006, p. 114), fue un error de la política internacional posterior a la Guerra Fría que la única superpotencia mundial (Estados Unidos) se comprometiera a promover, tanto retórica como militarmente, un sistema político que carecía de un grado suficiente de definición. Antes de alcanzar la ponderable y universal normatividad de la que ahora disfruta, la democracia ha pasado por milenios de mejoras y transformaciones conceptuales. Con todo, la polarización existente en el debate sobre teoría democrática y la divergencia en los resultados de las evaluaciones, tal como se refleja en las escasas estadísticas mencionadas anteriormente, ponen de manifiesto una falta de consenso sobre cuál sea la mejor manera de conceptualizar la democracia. Como sostienen algunos eruditos, ya la definición misma de democracia como «gobierno del pueblo» resulta problemática. David Held señala que esta afirmación se presenta acompañada de numerosas implicaciones e interrogantes subyacentes: «¿gobierno?», «¿gobierno de?», «¿el pueblo?». Para empezar por el pueblo: «¿Quiénes han de ser considerados el pueblo? ¿Qué clase de participación se espera de ellos? ¿Qué condiciones se suponen que conducen a tal participación? ¿Pueden ser iguales los factores desmotivadores y motivadores o, dicho de otra forma, los costes y beneficios de la participación?» (citado por Monga 1996, p. 19).

El supuesto de que la democracia es el mejor de los regímenes políticos no está inequívocamente garantizado. De hecho, la noción de un gobierno del pueblo ha sido cuestionada desde el inicio de la democracia griega. Platón y Aristóteles, por ejemplo, la consideraron con desprecio, favoreciendo en su lugar, en aras del orden político, la aristocracia, puesto que el «gobierno del pueblo» es, según ellos, inherentemente corrupto e inestable. Toda vez que pretende tratar con igualdad a seres por naturaleza desiguales, la democracia es una perversión de la política y una receta para que los estratos inferiores de la sociedad promuevan su interés particular, esto es, para expropiar la riqueza de los ciudadanos acaudalados y hacendados. Este desdén por la democracia lleva a Guy Donnay (2009) a sugerir que la condena a muerte de Sócrates fue una revancha de los atenienses contra el filósofo por haber traicionado la democracia en beneficio del régimen aristocrático de Esparta. La democracia constituye un legado de modernidad, por lo que terminó siendo asociada con las nociones de justicia e igualdad, si bien la concepción de justicia excluía al principio el género y la raza. Fueron los modernos quienes vincularon la noción de igualdad al concepto de democracia. Sin embargo, debería tenerse presente que la perspectiva liberal

de igualdad democrática originariamente incluía en el concepto de «pueblo» solo a los propietarios, que representaba más o menos el diez por ciento de la población. La diferencia con la forma antigua de ver las cosas radica en que, en la época moderna, la democracia «ya no es algo ajeno, en su manifestación histórica, a la ideología de progreso» y se funda en los derechos universales de los individuos, mientras que para los antiguos se basaba en la participación ciudadana en los asuntos públicos (Benoist 2011, p. 11). Por consiguiente, la democracia representó más bien una propuesta teórica para contrapesar el poder de los Estados soberanos por medio del derecho de los individuos a la propiedad privada.

En la actualidad, aunque la democracia quizá no sea todavía universalmente practicada ni uniformemente aceptada, la opinión pública mundial tiene a la forma democrática de gobierno por adecuada en general. La democracia se concentra en los acuerdos políticos y la participación, esto es, en instituciones y procesos que garanticen el mantenimiento no solo de los derechos y libertades de elegir y reemplazar líderes a través de elecciones libres y periódicas, sino también de la igualdad de oportunidades y de acceso a los recursos y la justa distribución de los beneficios y las cargas sociales (Sorensen 1993, p. 10). Si bien el desdén por las virtudes democráticas de la participación popular se preservó a través del marco de la Ilustración, tal como se echa de ver en la preocupación de J. S. Mill por la mediocridad de las masas una vez liberadas de la obligación de tomar sus opiniones de los dignatarios eclesiásticos o los líderes estatales, la bendición (o maldición) de la moderna transformación conceptual fue su maridaje con el liberalismo como si se tratara de concepciones naturalmente afines. De hecho, el liberalismo deriva su legitimidad de la autoridad que el Estado posee para proteger las libertades individuales, expresión con la que se alude al derecho de los propietarios a la propiedad de sus bienes, no a los derechos de las masas (Fukuyama 2012, p. 54).

Las intrínsecas paradojas de la democracia liberal

Existe una persistente confusión sobre los factores causales del proceso de democratización en África. La coincidencia histórica con el final de la Guerra Fría ha incitado a muchos a interpretar el fenómeno de la democracia como concurrente con el liberalismo económico. En efecto, el final del comunismo comportó también el triunfo del capitalismo. Y el hecho de que los llamamientos a democratizar fueran presentados en un mismo paquete con el capitalismo global lleva a creer que el proceso de democratización en África no fue sino parte de un movimiento mundial, que los países africanos se limitaron a seguir una moda extendida en la Europa del Este y que las instituciones occidentales (Banco Mundial, FMI) presionaron para liberalizar el sistema de política económica (El-Khawaw y Ndubme 2006). El fracaso o la variación en la implementación de la democracia en África estaría relacionada, por consiguiente, con el papel de los militares, que continúan interviniendo en la política africana, así como con el de los cargos políticos, que no están dispuestos a renunciar al poder ni a alternarse en él, y el de los señores de la guerra, que desencadenan conflictos armados para controlar los recursos naturales.

Mientras el capitalismo liberal fue introducido como alternativa al dilema del desarrollo, la democracia buscaba controlar el despilfarro de los recursos públicos por los dictadores africanos. No obstante, muchos autores han puesto de relieve la lógica del capitalismo, que causa desigualdades en el acceso a los recursos económicos y sociales «tan grandes que generan graves violaciones de la igualdad política y, por ende, del proceso democrático» (Dahl 1985, p. 60; Monga 1996; Sorensen 2008, p. 10). Esa es la razón por la que el proceso de globalización constituye también por antonomasia «la tercera ola de democratización. Sin embargo, en la mayoría de los países en vías de desarrollo, la globalización económica es un factor que menoscaba el control político y la soberanía del pueblo. No solo enfrenta las

reivindicaciones domésticas con los intereses multinacionales, sino que también reduce la capacidad del Estado para proteger los intereses locales frente a la forma de producción económica dominada por las grandes sociedades» (Denault 2008; 2010). Esta contradicción entre las fuerzas de mercado no democráticas y la participación democrática se halla en el núcleo de la actual forma de democracia liberal, que persigue reducir las competencias de los gobiernos al mínimo imprescindible, incapacitándolos así para mitigar las desigualdades socioeconómicas y protegiendo los intereses de una nueva aristocracia global. Dado que son ellas las que configuran el conocimiento disponible y las categorías con las que nos pensamos a nosotros mismos, las corporaciones multinacionales han monopolizado el poder de representación y han conseguido disimular las inauditas formas de injusticia social y medioambiental que generan (Landefeld y Whichard 2006; Munck 2007; Mahler 2004; Rodrik 1997). Dado que en muchos casos la globalización ha minado la democracia en las naciones pobres, esperemos que el actual movimiento *Occupy* propicie una reflexión adicional sobre la indignación mundial contra la prevalente dictadura financiera capitalista, que aún está por adoptar reglas y principios democráticos.

Una segunda paradoja atañe a la distribución del poder y a la naturaleza misma de los Estados africanos. Si bien el Estado moderno ha experimentado profundos cambios en la reciente época de globalización, la fragilidad de la típica política africana saca a la luz una contradicción de principios implícita tanto en la naturaleza del Estado como en la noción de «democracia liberal». El sociólogo Max Weber afirma que interpretar «el Estado del Bienestar como consumación teleológica del liberalismo» equivale a hacer una lectura equivocada de la historia. Y prosigue: «El fin absoluto del Estado es salvaguardar (o alterar) la distribución interna y externa de poder» (Weber 1946, p. 334, quoted by Wolin 1989, p. 151). Tampoco debemos perder de vista la historia de la formación de los Estados africanos, cuyo objetivo no fue incrementar el bienestar de los pueblos, sino todo lo contrario: subordinarlos a los intereses de producción colonialistas. Durante las décadas posteriores a la independencia, la lucha de los africanos se centró en transformar las estructuras existentes para que acomodaran los intereses domésticos y locales. Sin embargo, el desdibujamiento de las demandas internas de democracia y las tendencias internacionales hacia la globalización en el periodo posterior a la Guerra Fría ocultan esta tensión estructural en los Estados africanos. Se confunde la supuesta necesidad de desarrollo con las expectativas de bienestar del pueblo, de las que el Estado se ha desentendido en beneficio de las organizaciones no gubernamentales.

Lo cual sugiere una tercera paradoja, que concierne a lo que llamo la distribución de valor o dignidad. Si bien ahora ya está claro que la democracia y el capitalismo no son compañeros naturales y que la actual crisis de la democracia es global y no específica de África, resulta necesario reconocer que la carrera de África hacia la democracia fue, sí, una declaración contra el abuso de poder y la riqueza de los dictadores, pero también, y en mayor medida aún, una reivindicación de los derechos humanos y la dignidad. Una explicación alternativa de la lentitud del progreso democrático de África podría encontrarse posiblemente en la naturaleza misma del liberalismo. Con esto no pretendo insinuar que la democracia y la liberalización económica sean incompatibles. Es cierto, sin embargo, que los términos «liberal» y «democrático» se contradicen en vez de complementarse. Mientras que la democracia persigue mantener la soberanía del pueblo en cuanto pueblo, el liberalismo socava tales reivindicaciones democráticas ya solo por el hecho de que invierte a la minoría de propietarios con poderes desorbitados que obstaculizan las demandas populares de justicia social. En otras palabras, el liberalismo se contradice por principio con la democracia cuando el egoísmo prevalece sobre el bien común y los individuos se desentienden de la comunidad en aras de la creación de riqueza material. De ahí que el liberalismo constituya la

causa misma de la crisis democrática tanto en África como en cualquier otro lugar del mundo (Benoist 2011, p. 10). Además, aunque algunos autores han ensalzado el potencial de la globalización para estimular el crecimiento económico en África, resulta obvio que los países con instituciones más débiles antes que haberse beneficiado de ella padecen ahora mayor marginación, prácticas laborales más injustas, mayor esquilma del medio ambiente y una adicional erosión de la capacidad del Estado para desarrollar programas de bienestar. Por la misma razón, si la clase media que constituye la base de una sociedad civil efectiva es desatendida y sacrificada en aras de las grandes compañías y del puñado de personas que las controlan, se incrementa el riesgo de confundir la democracia con el populismo. En África, a las protestas populares se suele responder con brutalidad policial; al mismo tiempo, la participación de la sociedad civil en el proceso de elaboración de políticas es contrarrestada por cabilderos (*lobbyists*) con mayor capacidad para sobornar a los políticos (Landefeld y Whichard 2006, p. 128).

Las perspectivas de la democracia en África

El actual modelo de organización política únicamente ha logrado, sin embargo, que los éxitos individuales eclipsen los proyectos colectivos. O sea, el proceso mismo de democratización es inherentemente paradójico. La realidad de la democracia en África puede parecer sombría; así y todo, la democracia se está convirtiendo en la regla por la que se rige el juego. Los nigerianos salieron a las calles a protestar contra el recorte gubernamental de los fondos sociales procedentes de los réditos del petróleo. Mientras tanto, y tras atravesar una histórica fase de violencia étnica, en Kenia se llegó a un acuerdo para que los dos líderes rivales compartieran el poder. A fin de obtener legitimidad, el gobierno de Mali podría verse obligado a negociar con los tuaregs, erradicar del Magreb la presencia terrorista de Al-Qaeda y proteger los derechos de los desplazados dentro del país. El pueblo senegalés se negó a permitir que un fraude anticonstitucional le privara de su democracia; antes bien, la sociedad civil se movilizó para organizar un sistema paralelo de observación electoral y de centros de cómputo de votos. Costa de Marfil aún tiene que recorrer un largo camino antes de que la democracia quede inscrita en sus procesos institucionales, mientras que Gabón, Togo y la República Democrática del Congo han de demostrar que pueden llevar a cabo un cambio de régimen sin violencia. De ahí que toda actividad evaluativa requiera atención a los matices y contextualización histórica. Hablar de las complejidades de África como si el continente fuera una unidad política monolítica no solo es difícil, sino peligroso.

Estos pocos ejemplos nos llevan a regresar brevemente al problema decisivo del conflicto de prioridades entre la realización económica, por una parte, y las libertades civiles y políticas, por otra. La atención exclusiva a los mecanismos causales externos ha dejado en penumbra otra realidad más profunda, a saber, el anhelo y la exigencia de democracia en cuanto idónea expresión política de la búsqueda de autorrealización. En los países en vías de desarrollo, sin embargo, los líderes han cuestionado la prioridad de la democratización, manteniendo en su lugar que los pobres necesitan satisfacer primero sus necesidades económicas, para estar en condiciones de reivindicar sus derechos políticos. En otras palabras, toda vez que las libertades y los derechos políticos pueden obstaculizar el crecimiento económico y el desarrollo, la democracia no debería ser la prioridad de los gobiernos en los países pobres en vías de desarrollo. ¿Por qué molestarse, en efecto, por el lujo de las libertades políticas a la vista la abrumadora crudeza de la miseria? Conocida como «tesis de Lee» por el antiguo primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, esta visión es complementada por el relativismo cultural, que presenta la democracia como una excepción de Occidente. Así, el proceso de democratización en África parece no ser sino otra forma de imperialismo

occidental que, al fomentar los derechos de los individuos por encima de los de las comunidades, no respeta la realidad de la diversidad (Sen 1999, pp. 147ss; Sorensen 2008, p. 100).

Contraponiendo la urgencia de las necesidades económicas a la garantía de las libertades civiles y políticas se presta un flaco servicio a la democracia. Es ya hora de evaluar los resultados del proceso de democratización en África y, por la misma razón, de reconsiderar el significado, los principios y la excepcionalidad de la democracia africana. Esta aparente paradoja constituye el núcleo de la actual crisis global de la democracia. Puesto que la democracia tiene que ver con la protección de los derechos y libertades básicas de los ciudadanos, el consenso de que la democracia liberal representa la mejor forma de gobierno puede resultar engañoso. La tradición liberal establece que la legitimidad política se funda en procesos representativos y procedimentales de toma de decisiones que incluyen intereses contrapuestos de ciudadanos considerados titulares de derechos y deberes en pie de igualdad. Dado que todas las instituciones políticas tienen que ver con la justicia, «las leyes e instituciones deben ser reformadas o abolidas si resultan injustas, no importa cuán eficaces sean y bien concebidas estén» (Rawls 1971, p. 3). Aunque afloren discrepancias sobre los mecanismos causales, existe un reconocimiento tácito de que las naciones deben abrazar la democracia liberal en respuesta a la extendida demandada de justicia, igualdad y paz.

Una cuestión que merece la pena plantear en este punto es qué convierte a África en una excepción, en un continente que se resiste a la democracia. En otras palabras, ¿cuál es el futuro democrático de África? ¿Explican las razones culturales la regresión de África hacia el autoritarismo y el fracaso de la consolidación democrática? Al dar prioridad a los derechos de la comunidad sobre los derechos de los individuos y mostrar ilimitado respeto a la autoridad, ¿mantienen las culturas africanas un orden jerárquico contrapuesto a la idea de igualdad y responsabilidad, revelándose así incompatibles con la noción misma de democracia? ¿Cuál debería ser el papel apropiado del Estado cuando el individualismo liberal carece de toda restricción y se configura como asunto de decisiones no democráticas? ¿Cómo puede ser usada la globalización para el bienestar de los africanos? ¿Qué clase de democracia necesita África?

Conclusión

En suma, las expectativas democráticas en África giraban en torno a tres áreas principales: la distribución de la riqueza, la del poder y la del valor o dignidad. ¿Se han cumplido esas expectativas? Es difícil de valorar. Sin embargo, en cuanto forma de participación, la democracia africana está en marcha, aunque la experiencia se presenta con frecuencia acompañada de las paradojas propias de la forma actual de democracia liberal. Por tanto, es importante recordar a modo de conclusión que la democracia es una actividad dinámica y en curso, no un estado inmutable. Es decir, aunque algunos aspectos de ella parezcan hallarse en decadencia en África, la conciencia política y la educación cívica después de dos décadas de experimentos democráticos están en auge. Uno de los rasgos importantes de la democracia es, sin duda, la participación política de los ciudadanos eligiendo por votación a quienes quieren tener como líderes y controlando asimismo el proceso de toma de decisiones. Es evidente que la participación electoral carecerá de sentido si las elecciones no sirven de canal para que el pueblo cree una comunidad de sentido y un destino compartido. La democracia tiene que ver con el sentido político, no con individuos atomizados que persiguen metas inconexas y logros egoístas. Las elecciones solo pueden marcar la diferencia si consiguen restaurar la soberanía política del pueblo frente a las nuevas formas de dictadura.

A menos que aprenda a escuchar las necesidades, experiencias, valores e intereses de sus gentes esto es, a comprender sus trayectorias históricas, las heridas de sus recuerdos, el hambre de justicia, el imperativo de desarrollar estructuras que garanticen los derechos básicos, la necesidad de superar las humillaciones del pasado y de empoderar a las comunidades locales para que sean capaces de determinarse a sí mismo y proveerse de sentido, África desaprovechará todo impulso histórico para utilizar adecuadamente tanto el juvenil y vibrante talento de sus habitantes como sus recursos naturales, que constituyen un buen activo para la relevancia internacional, la influencia política y la liberación económica. Afirmar, por ejemplo, que los recursos naturales pueden convertirse en una maldición es aberrante. En lugar de ello sería preferible preguntar quién se está beneficiando de esos recursos y de las crisis ocasionadas por la apropiación indebida de los mismos.

Es posible que las organizaciones internacionales, tanto gubernamentales como no gubernamentales, y las empresas multinacionales continúen encubriendo el rechazo del actual orden liberal y de la mimética forma asumida por las instituciones africanas poscoloniales; pero puesto que ya está en marcha, el proceso de democratización continuará desarrollándose a su propio ritmo. En la actualidad, las aspiraciones democráticas en modo alguno son un lujo que los países presos de contradicciones históricas no deberían reclamar. El proceso de democratización solo será impulsado allí donde los Estados estén en condiciones de garantizar los derechos humanos básicos, porque la democracia tiene que ver con una fundamental búsqueda de autorrealización y felicidad, algo que en contextos africanos ha sido identificado por algunos teólogos como anhelo de «vida en abundancia» (Mulago 1972; Nyamiti 1993; Bujo 2003, 2008). Esa es la distancia que en África todavía separa la teoría de la práctica.

Bibliografía

- Benoist, Alain de, «The Current Crisis of Democracy»: *Telos*, vol. 2011, n° 156, otoño 2011, pp.7-23.
- Bujo, Bénézet y Juvénal Ilunga, eds., *African Theology in the 21st Century*, Editions Universitaires Fribourg, Fribourg (Suiza) 2005.
- Dahl, Robert A., *A Preface to Economic Democracy*, Polity Press, Cambridge 1985 [trad. esp.: *La democracia económica: una aproximación*, Hacer, Barcelona 2002].
- Deneault, Alain, *Offshore: Paradis Fiscaux et Souveraineté Criminelle*, La Fabrique Editions, Mayenne 2010.
- _____ *Noir Canada: Pillage, corruption, et criminalité en Afrique*, Écosociété, Montréal 2008.
- Donnay, Guy, «Le Parcours Intellectuel de Socrate»: *Antiquité Classique*, vol. 78, 2009, pp. 39-61.
- El-Khawas, Mohamed A y J. Anyu Ndubme, *Democracy, Diamonds and Oil: Politics in Today's Africa*, Nova Science Publisher, New York 2006.
- Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Free Press, New York 1992 [trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona 1992].
- _____ «The Future of History: Can Liberal Democracy Survive the Decline of the middle-class?»: *Foreign Affairs*, vol. 91, n° 1, enero/febrero 2012, pp. 53-61.
- Held, David, *Models of Democracy*, Stanford University Press, Stanford 1987 [trad. esp.: *Modelos de democracia*, Alianza, Madrid 2009].
- Horowitz, Donald L., «Constitutional Courts: A Primer for Decision Makers»: *Journal of Democracy*, vol. 17, n° 4 (octubre 2006), pp. 125-37.
- Huntington, Samuel P., *The Clash of Civilizations: Remaking of World Order*, Touchstone, New York 1996 [trad. esp.: *El choque de civilizaciones: la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona 2009]
- Jacques, Martin, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, Penguin Press, New York 2009.

- Kupchan, Charles A., «The democratic malaise: Globalization and the threat to the West»: *Foreign Affairs*, vol. 91, nº 1, enero/febrero 2012, pp. 62-67.
- Monga, Celestin, *Anthropology of Anger: Civil Society and Democracy in Africa*, Lynne Rienner Publishers, Boulder 1996.
- Monga, Célestin, *Nihilisme et Négritude*, PUF, Paris 2009.
- Rawls, John, *A Theory of Justice*, Harvard University Press, Cambridge 1999 [trad. esp.: *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1997].
- Sen, Amartya, *Development as Freedom*, Anchor Books, New York 1999 [trad. esp.: *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona 2000].
- Sorensen, Georg, «Democracy, Authoritarianism, and State Strength»: *European Journal of Development Research*, vol.5, nº 1, 1993, pp. 6-34.
- Sorensen, Georg, *Democracy and Democratization: Processes and Prospects in a Changing World*, Westview Press, Boulder 2008³.
- Wolin, Sheldon S., *The Presence of the Past: Essays on the State and the Constitution*, The John Hopkins University Press, Baltimore/London 1989.

Original inglés
Traducción de José Lozano Gótor



Democracia en EEUU y Canadá

David Eley SJ, Provincia inglesa de Canadá

Marco Veilleux, Provincia francesa de Canadá

Los autores analizan el estado de la democracia en Estados Unidos y Canadá, países con orígenes y tradiciones democráticas muy distintas. En primer lugar trazan los principales rasgos de la evolución histórica. A continuación afirman que la contienda entre posturas partidarias irreconciliables, así como la influencia de potentes lobbies de grupos de interés y la de grandes multinacionales, están deteriorando la democracia. Terminan mostrando algunos de los valores de estas democracias e indicando que se hace necesario un gobierno entre naciones de todo el mundo.

La democracia norteamericana es profundamente admirada en todo el mundo. Ha sido descrita como la culminación del mejor modo de vida. Durante siglos ha atraído a personas de todos los países del mundo. Esto es cierto –o al menos se percibe como cierto– a la vista del número de inmigrantes documentados e indocumentados que buscan adquirir la condición de residentes permanentes, primero, para posteriormente alcanzar la ciudadanía. La libertad y la democracia tienen un gran poder de atracción: hablan al corazón del ser humano, sanando las heridas de muchas penalidades. Esta atracción ha actuado así durante siglos. Los inmigrantes no buscan la democracia únicamente como forma de gobierno, si bien la desean después de haber sufrido explotación o regímenes militares y autoritarios; buscan también los valores que conlleva, como paz, libertad, respeto por la ley, libertad religiosa, libertad de prensa, oportunidad de empleo, de emprender negocios, etc. Las sociedades democráticas están enraizadas en la práctica de estos valores sociales; en una palabra, justicia para todos.



Este artículo intenta analizar el estado de la democracia en Estados Unidos (EEUU) y Canadá. Se trata de una tarea difícil, porque cada país ha tenido una historia diferente, diferentes tradiciones de democracia y prácticas diversas desde sus orígenes hasta hoy. Estos dos países parecen similares por compartir un mismo continente y porque su modo de hablar inglés es bastante semejante¹². Sus economías están bastante integradas y ambos son,

¹² Aunque no tengo espacio para desarrollar esta cuestión en el artículo, es necesario recordar que una gran parte de la diferencia entre EEUU y Canadá reside en el hecho de que Canadá es un país oficialmente bilingüe. Tanto el inglés como el francés son lenguas oficialmente reconocidas; de hecho, más del 20% de la población es

uno para el otro, sus principales socios. Sin embargo, como comunidades políticas son muy diferentes. En este breve artículo analizaremos algunos de los rasgos que tienen en común, y señalaremos, cuando sea relevante, algunas de las principales diferencias.

Hay ideales muy elevados basados en las tradiciones democráticas que proceden de la Norteamérica colonial. La América del Norte del s. XVII era una mezcla de población aborigen y colonos procedentes de Francia, España e Inglaterra. Las colonias tenían gobiernos autónomos y responsables antes de la Revolución Americana de 1776. La provincia de Nueva Escocia (Canadá) pasó de un gobierno basado en “Cartas de Comercio” a un gobierno civil en la década de 1730 y en Virginia (EEUU), por ejemplo, se desarrollaron diferentes formas de gobierno local con fuerte participación. Estas formas de democracia tenían lugar en ciudades donde la población local era relativamente pequeña. La población se reunía primero para sobrevivir y, segundo, para prosperar. La estructura colonial conllevaba una autoridad completa aunque distante, ejercida por el Gobernador; pero esa autoridad estaba muy lejos. La Revolución y la posterior constitución, afirmaron que la autoridad política estaba basada en “Nosotros el Pueblo”. La constitución articuló las ideas principales de la época de la Ilustración.

Después de 150 años de crecimiento y prosperidad bajo una administración colonial, una de las principales demandas de la revolución era la democracia participativa, una mayor participación en la gobernanza, una autoridad por y para el pueblo, y por supuesto, el control sobre los impuestos. Estos ideales de la Ilustración en favor de la razón y del respeto del carácter moral de la persona humana, fueron articulados como principios fundacionales de una nueva sociedad, de un nuevo país. Pero una de las condiciones que contribuyeron al comienzo de una democracia nueva, joven y saludable fue la disponibilidad de buenas tierras de cultivo para una población que aumentaba rápidamente. Esta tierra fue sustraída a la población aborigen, con la que, por otro lado, no se contaba para esa nueva sociedad. La producción agraria aumentaba y las nuevas industrias de las ciudades se sumaban a la prosperidad recién adquirida. Los recursos estaban allí y la tierra estaba allí esperando la llegada de los inmigrantes.

Pasemos rápido sobre los 250 últimos años, para considerar el estado de la democracia hoy. Cuando acudimos al día de hoy y miramos el funcionamiento de las democracias, encontramos una historia bien diferente respecto a los ideales del siglo XVIII. Muchas de las condiciones fundacionales han cambiado. Las principales preocupaciones de los políticos son más o menos las mismas desde Aristóteles: la selección y el relevo de los líderes, el papel de la propiedad privada, la participación activa de los ciudadanos, la definición y la protección de los derechos y el imperio de la ley sobre una autoridad arbitraria. Pero el modo en que se hacen estas cosas o, más concretamente, el modo en que un ciudadano individual puede participar, ha cambiado radicalmente. Parte de la cuestión consiste sencillamente en que hoy el tamaño de la población es muy superior: 330 millones de personas en EEUU y 34 millones en Canadá. Lo que era posible para unos pocos miles de personas, no lo es ya para millones. La capacidad de decisión de la población local en el gobierno ha dado paso al poder de los partidos políticos y a la influencia creciente del dinero requerido para pagar una campaña, desarrollar políticas y finalmente legislar. Los medios de comunicación juegan un papel más amplio. Entonces había fundamentalmente periódicos y ahora se trata sobre todo de la televisión, la radio e internet. Es aquí donde se gasta el dinero. El gobierno ya no corresponde, ni es percibido, como ley por y para el pueblo. Está basado en el consentimiento de los gobernados, pero las herramientas para la

francófona. Y Quebec, la provincia francoparlante de Canadá y cuna de la cultura francesa en Norteamérica, está reconocida como una nación dentro de la confederación canadiense.

toma de decisiones han cambiado mucho. En resumen, el aumento del número de ciudadanos y el dinero aportado por determinados grupos han alterado el modo en que unos y otros participan en el gobierno. Más concretamente, los ricos y las corporaciones determinan el gobierno.

El nivel de desacuerdo entre las opciones de los partidos también ha aumentado hasta un nivel casi disfuncional. En parte, esto es debido a la naturaleza de la regla de la mayoría en una democracia. Uno de los principios fundamentales de la democracia, y quizás una debilidad, es que la mayoría manda. Es decir, si el 51% de la población –o quizás menos– o de la asamblea legislativa vota a favor de algo, eso resulta aprobado (con unas pocas excepciones constitucionales que requieren un porcentaje más alto). Esto quiere decir que, a menudo, el 49% de la población no consigue lo que quiere. El resultado es que el respeto por el sistema de gobierno, por el que muchas personas han de vivir conforme a unas leyes con las que no están de acuerdo, se ha deteriorado. En resumen, en la práctica, la democracia se ha debilitado. En la época de George Washington no había partidos políticos. Las distintas facciones cooperaban entre sí para el bien del país. En Canadá, al principio de la Confederación en 1867, se producía una cierta cortesía entre los partidos y los procesos parlamentarios eran respetados. Tanto en el caso de Canadá como en el de EEUU, pero principalmente en EEUU, el sistema de partidos ha evolucionado hacia amargas divisiones partisanas basadas en diferencias sociales e ideológicas. Estos desacuerdos son tan fuertes que el respeto por los procedimientos y las instituciones del Parlamento (Congreso) se ha diluido e incluso, con frecuencia, paralizan el funcionamiento del gobierno. Ciertamente esto ha erosionado el funcionamiento del estado. Los EEUU tienen crisis relacionadas con el presupuesto varias veces al año, debidas principalmente a diferencias ideológicas. El consentimiento de los gobernados ha sido forzado hasta tal punto, que el bien común de la nación o de su población ya no es lo más importante. Y algunas veces se adoptan compromisos lamentables y malsanos para salir del *impasse*. Y, de un modo increíble, no es tanto la política de ricos contra pobres o divisiones raciales, que son deplorables como norma de actuación, sino que muchas personas votan en contra de sus propios intereses. Por ejemplo, la población vota para que bajen los impuestos, aunque esto debilite la educación, el transporte y la seguridad social. La democracia funciona cuando la gente persigue lo mejor para sí misma. Pero ha surgido un movimiento contrario al “gran gobierno” que entorpece el papel que éste ejerce en la vida de las personas. En mi opinión esto termina siendo una postura del estilo “déjenme en paz” que es muy antidemocrática.

Parte de esta división partidaria está impulsada por grandes instituciones que influyen en los gobiernos a través de lobbies y también por los intereses de compañías nacionales e internacionales que tratan de influenciar a los gobiernos a fin de que les faciliten el camino hacia la maximización de sus beneficios. De hecho, muchas multinacionales están claramente fuera del control de cualquier gobierno nacional, ya que han estructurado su existencia legal para estar fuera del dominio de cualquier grupo de ciudadanos de carácter nacional. Incluso las compañías de carácter nacional, los bancos y las industrias del automóvil tienen un poder excesivo frente sobre los intereses de los gobiernos. Se trata de la división “Wall Street” contra “Main Street” que se representó durante la crisis económica de 2008 y el *Occupy Movement* de 2011 y 2012.

Uno de los debates políticos en estas dos democracias se refiere a la definición de la naturaleza del propio estado y a las expectativas sobre el mismo. Este es uno de los puntos donde aparecen diferencias entre la perspectiva de un estado fuertemente centralizado y la de otro descentralizado. Desde una perspectiva, se opina que todo el poder reside de modo inalienable en las personas individuales y que el Estado sólo posee legítimamente aquellos

poderes que le hayan sido cedidos. En EEUU, por ejemplo, si una persona tiene el derecho a su legítima defensa, como concedida por Dios, el Estado no puede prohibirle llevar armas. Hay otro punto de vista más constitucional. En Canadá esta tensión ha evolucionado de un modo ligeramente distinto. En Quebec, por ejemplo, las tradiciones legales están basadas en el Código Napoleónico. De hecho, la Corte Suprema de Canadá recibe casos planteados tanto desde la tradición propia del Código Napoleónico, como desde la propia del Código Común. Desde esta perspectiva, el Estado tiene el deber de decidir sobre todas las áreas de la convivencia en favor del bien común, limitando los derechos individuales si fuera necesario. Esto se manifiesta en la práctica en relación a los servicios que ofrecerá el gobierno a sus ciudadanos: seguridad social, educación, carreteras, transportes. Estas perspectivas separan a aquellos que desean sólo servicios privatizados y libre mercado de aquellos que prefieren que los servicios sean proveídos equitativamente entre grupos y regiones y pagados por medio de impuestos. Los “gritos de guerra” que se alzan en este debate son “nunca más impuestos” y la “maldición de una medicina socializada”.

Pero, ¿y qué pasa con los pobres, que a menudo son migrantes recién llegados y refugiados? ¿Qué pasa con los nativos cuyas tierras fueran arrancadas para crear estas democracias? Francamente, según nuestra opinión, estas personas no están siendo atendidas por medio de estas estructuras democráticas. Tal vez se necesiten tres generaciones para que los inmigrantes encuentren su sitio y tengan una voz en la vida política y económica. Los pueblos originarios se han visto afectados por tratados y leyes consuetudinarias –muy comunitarias y democráticas–, que los han excluido de los beneficios de la sociedad dominante.

Otra gran lucha que está teniendo lugar –aunque su debate no alcanza mucha publicidad–, es la que se produce entre la preocupación por el bien común en sentido amplio y la preocupación por el desarrollo económico. El ejemplo más crítico de esta lucha se muestra en la política relativa al tratamiento de las arenas bituminosas de la provincia de Alberta (Canadá). En este caso se enfrentan beneficios económicos enormes e inmediatos, a graves consecuencias ecológicas para el país y para todo el planeta. Las compañías, con ingentes cantidades de dinero para hacer *lobby*, y las alas más conservadoras de los gobiernos generalmente inclinan las decisiones políticas en favor del desarrollo económico. ¿Es siquiera escuchada, en estos contextos, la voz de la población? Creemos que no.

Pero esto trae a la luz un punto fundamental sobre la democracia. La mayor parte de las decisiones no se toman mediante referéndum popular, sino por la mayoría de los delegados elegidos en el parlamento. Los parlamentarios en la práctica solo contentan al 37% de las personas que les votaron; y éstos son los que mantienen a los parlamentarios en sus puestos. Ha habido intentos de encontrar una democracia más directa, como por ejemplo, el referéndum en California sobre democracia representativa, donde los individuos que son elegidos por la población, son en principio libres para determinar su voto sobre las propuestas legislativas. Pero lo que se pone en riesgo en este sistema es el papel de los ciudadanos en la vida pública, pues los grupos de *lobby* y de interés, intentan influenciar en los legisladores. Las Comisiones Parlamentarias a menudo celebran sesiones públicas donde ciudadanos individuales y grupos pueden expresar sus puntos de vista. La prensa juega un gran papel, al promover determinadas causas o exponer puntos débiles de las políticas propuestas. Pero la historia reciente sugiere que son las grandes fuerzas y corporaciones quienes se benefician del sistema. Miremos los rescates a los bancos durante la crisis financiera de 2008. No fueron los que soportaban las hipotecas o los propietarios de inmuebles quienes se beneficiaron. Muchos de esos ciudadanos perdieron su casa. Y desde entonces han tenido pocos recursos.

Ahora bien, no quiero insistir en todos los defectos de la democracia actual. Algunas funciones básicas se cumplen. Cuando alguien concurre como candidato, el resultado no es automático, como tal vez sucede en Rusia. Es una competición seria, en la que, la mayor parte de las veces, la sociedad es la que decide. Los derechos de la población a ser informados sobre los temas públicos son bastante notables. El papel de la prensa es muy activo a la hora de buscar información y presentarla al público en el momento oportuno, si bien esta actividad está en peligro a causa de la industria del entretenimiento, que puede convertir las crónicas y la información política en algo jocoso, dirigida sólo a provocar la risa de la audiencia. Desgraciadamente, más y más jóvenes recogen su dosis diaria de información política mucho más de las palabras de cómicos, por bien preparados que estén, que del discurso de un periodista competente. El periodismo de investigación, que conlleva tiempo y análisis profundos, ha dado paso a las bromas simples de un guionista. Asimismo, la práctica de la religión puede florecer al igual que el pluralismo y la tolerancia necesarios para vivir juntos y en paz. A pesar de que hay violencia en la mayor parte de los lugares del mundo, la paz y la seguridad prevalecen aquí. Estas democracias han mejorado las vidas de la población; también su bienestar económico. Han sido un éxito.

Pero, ¿ha ayudado nuestra democracia a solucionar los verdaderos problemas de la humanidad de nuestro tiempo? Las guerras internacionales en curso, los movimientos de poblaciones de refugiados que siguen aumentando, el deterioro de la atmósfera del planeta: estos son los problemas globales. De hecho, es evidente que cada una de estas situaciones ha empeorado tanto bajo gobiernos democráticos, como bajo no democráticos. A pesar de que hay cierto consenso en torno a la naturaleza de estas cuestiones, la población parece que no es capaz de llevar a cabo, las mejoras que el mundo necesita, por medio de sus gobiernos. El siguiente paso es la creación de una estructura democrática entre naciones de todo el mundo, algo que vaya más allá de los actuales poderes de Naciones Unidas.

Original inglés
Traducción de María Rodríguez



La democracia en Europa

Frank Turner, SJ

El autor se centra en el estado de la democracia en Europa en su conjunto, evitando un estudio pormenorizado de estados concretos. Tras una breve introducción sobre distintos modos de comprender la democracia, analiza algunas anomalías democráticas que se están produciendo en la actualidad. A continuación se detiene en la amenaza que la economía y las finanzas supone para la democracia en el contexto actual de globalización económica. Finalmente defiende la necesidad de una pluralidad de instrumentos para ejercitar la responsabilidad política de modo transnacional.

Introducción y tipologías de democracia

Este ensayo no es un estudio, sino una reflexión sobre un tema lo bastante amplio como para llenar una enciclopedia. En él no examinaré los credenciales democráticos de los estados miembros de la Unión Europea (UE), ni los de otros estados, sino que centraré el enfoque en Europa como tal. Los ejemplos sobre cuestiones que atañen a un estado particular, o bien ilustran tendencias más amplias, o bien muestran lo que considero el error de comparar algunos “déficits democráticos” de la UE con la plena democracia alcanzada por algunos estados.



Norbert Brieskorn SJ presentó una tipología de democracia en el Congreso de Eurojess de agosto de 2005 que considero útil:

1. Democracia “directa”: el derecho de tomar decisiones políticas es ejercitado directamente por el conjunto de los ciudadanos, actuando con procedimientos basados en la mayoría.
2. Democracia “indirecta” o “representativa”: los ciudadanos ejercitan este derecho a través de representantes elegidos por ellos y que responden ante ellos. Abraham Lincoln en su famoso discurso de Gettysburg se refirió al “Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. En este caso, las autoridades electas siguen siendo “del pueblo” y no están por encima de la ley¹³.

¹³ El filósofo Eric Voegelin señala fascinado que esta famosa expresión atribuida a Lincoln está extraída del prólogo de la traducción de la Biblia de Wycliff (1384), donde se lee, “esta Biblia es para el Gobierno del Pueblo, para el Pueblo y por el Pueblo”. Uno de los fundamentos clave de la democracia institucional de

3. Democracia “liberal” o “constitucional”: el gobierno representativo es ejercido dentro de un marco de límites constitucionales diseñados para garantizar a las minorías ciertos derechos individuales y colectivos, tales como la libertad de expresión y la libertad religiosa.
4. Democracia “social” o “económica”: el gobierno –sea cual sea su tipo en relación a los tres anteriores– tiende a aminorar las diferencias sociales y económicas.

Los modelos nunca se dan en forma pura. La democracia directa puede ejercerse junto a la democracia “representativa” o “constitucional”, como en el caso de los referendos sobre la pertenencia a la UE. Esto sucede cuando quienes presionan para que haya referendos tienden a considerarse especialmente demócratas. La “democracia” puede alcanzar un sentido aún más amplio –por analogía–, como cuando nos referimos a la “democratización” del lugar de trabajo o del sistema educativo, si la toma de decisiones por directores o gestores es el fruto de una consulta real.

El término “democracia” –referida a un estado o no– comprende por tanto tres ámbitos: los acuerdos institucionales que gobiernan una determinada comunidad (estructuras de votación, códigos y procedimientos electorales); los valores y el espíritu de la representación política (es decir, de qué modo las estructuras de gobierno realmente representan a la sociedad que las ha generado); los acuerdos que gobiernan las relaciones entre las autoridades políticas y la vida social y económica en general (garantía de ciertas libertades y de los derechos de las minorías). Tal como remarca irónicamente Brieskorn, “los desacuerdos aumentan cuanto más se profundiza en esos términos”. Pocos ciudadanos de Estados Unidos calificarían su país como no democrático porque la democracia en los centros de trabajo sea poco común –aunque es posible que se muestren demasiado complacientes–. En segundo lugar, es necesario tener un sentido crítico. La democracia tiene un prestigio, de modo que a veces se reclama el calificativo democrático para un sistema político con la pretensión de legitimarlo, con frecuencia de modo tendencioso. Y en tercer lugar, hay una cuestión importante que debe ser discutida más adelante y que se refiere a si el “libre mercado” es intrínsecamente antidemocrático al relegar la política a un ámbito secundario de la vida social.

Los modelos y las tipologías son plurales por naturaleza. Catherine Ashton, Alta Representante de la UE para Asuntos Exteriores y Políticas de Seguridad, utilizó recientemente el término “democracia profunda” para describir sus esperanzas sobre Egipto. En efecto, con ello reformulaba algunos elementos mencionados por Brieskorn en términos de “superficie” –un término quizás demasiado vago para la estructura institucional de una sociedad política– y de “profundidad”:

“La democracia tiene que ver con votos y elecciones –pero también es mucho más que eso–. En Europa lo que hemos aprendido a la fuerza es que necesitamos democracia profunda: respeto a la ley, libertad de expresión, un sistema judicial independiente y una administración imparcial. Requiere derechos de propiedad protegidos y sindicatos libres. Tiene que ver con construir actitudes e instituciones correctas. A largo plazo la “democracia superficial” –ciudadanos emitiendo su voto libremente el día de las elecciones y eligiendo a sus gobernantes– no sobrevive si la democracia profunda no está bien enraizada”¹⁴.

Occidente se halla firmemente basado en una revelación religiosa judeo-cristiana: Voegelin, *Demokratie im neuen Europa*, 1959.

¹⁴ Ver <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2011/feb/04/egypt-tunisia-eu-deep-democracy>, visitada el 4 de febrero de 2012.

Ashton dice que Europa ha aprendido que tenemos necesidad de esto. Con ello no pretende decir que todos los países de Europa hayan logrado una democracia profunda, pues incluso existe una nación europea, Bielorrusia, plenamente excluida del Consejo de Europa por su insuficiencia democrática y su déficit en el respeto de los derechos humanos. Es más, varios estados miembro de la UE están actualmente involucrados en una gran controversia sobre sus garantías democráticas y algunos otros podrían ser investigados sobre cuestiones incómodas.

Algunas anomalías nacionales

“Tal es la reverencia por Mario Monti que algunos lo comparan con Lucius Quinctius Cincinnatus el patricio romano que fue llamado en su retiro para salvar a la antigua Roma. Cincinnatus, después de vencer a los enemigos, renunció a sus poderes absolutos y retornó a sus tierras, rechazando todos los regalos y botines de guerra. Cuando Italia se enfrentó a la crisis el pasado año con los mercados de valores a punto de llevar el país a la ruina, Monti fue sacado de su tranquila existencia como Rector de la Universidad Bocconi de Milán y experto en asuntos europeos. Nombrado senador vitalicio, el 16 de noviembre pasado tomó el relevo del disoluto Silvio Berlusconi. Nombró un pequeño gabinete de tecnócratas y se designó él mismo Ministro de Finanzas, renunciando a su sueldo por su trabajo como ministro”¹⁵.

Este testimonio de la estima que Europa profesa a Mario Monti le retrata como la persona que libraré a Italia de los caprichos, frivolidad e incapacidad de Berlusconi, devolviéndole el respeto internacional. Fue invitado por el Presidente –éste elegido por el Parlamento– a formar nuevo gobierno. Es al mismo tiempo Primer Ministro y Ministro de Economía y Finanzas, y los ministros del gobierno que nombró tampoco fueron elegidos.

A pesar del homenaje piadoso que se le debe, hay motivos para que los demócratas no hagan la vista gorda. El nombramiento de Monti –que sólo de modo indirecto ha sido elegido por el sistema electoral– parece deberse a la esperanza de que tranquilizará los mercados financieros¹⁶. A pesar de que afrontará las elecciones en 2013, su gobierno no electo ejercerá su mandato durante más de un año, periodo en el que podrá modelar de un modo significativo el futuro de Italia.

Las cuestiones planteadas en relación a Italia sirven también para Grecia aun con mayor intensidad. Desde noviembre de 2011 el Primer Ministro es Lucas Papademos, Vicepresidente del Banco Central Europeo de 2002 a 2010, y previamente Gobernador del Banco de Grecia cuando ésta entró en el euro apoyada sobre informes económicos cuya falsedad está ahora confirmada (pero que la propia UE fue incapaz de cuestionar). No tiene experiencia política anterior. Fue nombrado para su puesto pocos días después de que el Comisario de Asuntos Económicos y Monetarios de la UE, Olli Rehn, declarara que “los ministros de economía de los diecisiete países de la unión que usan el euro, esperaban el anuncio de un gobierno de unidad antes de su reunión de Bruselas (al día siguiente) para

¹⁵ “Mario, put on your toga” –Mario, ponte la toga–, escribió Charlemagne en *The Economist*, el 10 de marzo de 2012

¹⁶ El nuevo gobierno italiano “es indudablemente una mejora sobre el anterior... y creo que los ciudadanos pueden confiar en Mario Monti” dijo Paul De Grauwe, economista en la Universidad de Leuven. “El problema es que esto puede que no contente a los mercados”. Sin embargo, algunos partidarios de Berlusconi acusaron a Monti de llevar a cabo un “golpe de estado dirigido por los mercados” y están buscando cualquier oportunidad para forzar las elecciones y la vuelta al proceso democrático: *International Herald Tribune*, 16 de noviembre de 2011.

discutir los términos de un rescate”¹⁷. Se esperaba que las elecciones se celebraran de modo inmediato, en febrero de 2012, pero fueron pospuestas hasta abril o mayo. Mientras tanto, el gobierno “tecnócrata” acordó recortes del salario base, de las pensiones y de los beneficios sociales, suficientemente severos como para producir duras consecuencias sociales. Por ejemplo, muchas familias no podrán pagar por el cuidado profesional de mayores o enfermos. No es obvio que esos cálculos hayan sido ponderados con la UE.

La “troika” formada por el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Comisión Europea y el Banco Central Europeo se han convertido de hecho en el árbitro del destino económico de Grecia¹⁸. Cuando el 1 de noviembre de 2011 el entonces Primer Ministro George Papandreou propuso un referéndum para juzgar si tales recortes eran tolerables, se originó un clamor inmediato de la UE¹⁹. Los ciudadanos griegos no podían tener voto porque no había tiempo: Grecia podría estar en bancarrota antes de que pudiera llevarse a cabo el referéndum. Mientras tanto, la incertidumbre –y la decisión de las agencias de *rating* de rebajar la deuda griega– hizo subir los tipos de interés, volviendo la deuda más gravosa. (Estos tipos, por cierto, fueron de hecho determinados por instituciones financieras que habían apostado previamente contra Grecia, contribuyendo también a su crisis)²⁰. Grecia es en gran medida responsable de su apremiante situación, pero su destino ha sido en gran parte condicionado por las finanzas. Los deseos de la población griega no encuentran manifestación política, sino sólo protestas en la calle ante una situación crítica.

Sin embargo, el tema no es tan simple. Incluso uno de los más feroces críticos reconoció la insostenible naturaleza del *status quo* griego: extravagantes beneficios para jubilaciones anticipadas, servicios públicos insostenibles y evasión de impuestos²¹.

“¿Qué esperanza hay para una nación que se ha mostrado incapaz de formar un comunidad política? Somos responsables de nuestra propia historia. Incluso aunque quisiéramos volver a los días anteriores a la crisis –cuando estábamos viviendo una mentira– Grecia sería incapaz de hacerlo. Las encuestas... señalan que algunos griegos entienden que una administración tecnocrática puede ser preferible a una clase política indigna”²².

¿Qué posibilidades hay más allá de las elecciones de 2012, si por consenso general la clase política griega queda deslegitimada, y la más amplia comunidad política engañada de un modo significativo? ¿Qué partido político aglutinará la suficiente confianza de la población como para implementar un programa impuesto desde fuera, cuando el país se enfrenta a unas medidas que difícilmente podrían ser imaginadas en muchos otros países europeos excepto en tiempos de guerra?

¹⁷ International Herald Tribune, 6 de noviembre de 2011.

¹⁸ *Democracy at a discount*, EU Observer, 18 de noviembre de 2011.

¹⁹ Jean-Claude Juncker, Primer Ministro de Luxemburgo, líder del grupo de ministros de finanzas de la eurozona, dijo: “El Primer Ministro griego ha tomado esta decisión sin consensuarla con sus colegas europeos”, CBC News, 1 de noviembre de 2011.

²⁰ http://www.nytimes.com/2010/02/25/business/global/25swaps.html?_r=1&em, New York Times, visitado el 24 de febrero de 2010.

²¹ La agencia de control de impuestos del gobierno griego se estableció en diciembre de 2009. Su representante informó en agosto de 2010 de que habían utilizado un helicóptero para sobrevolar los barrios más caros de Atenas. Mediante imágenes por satélite encontraron 16.974 piscinas privadas, en contra de las 324 oficialmente declaradas. En los seis primeros meses de 2010 esta agencia recobró 1.800 millones de euros de impuestos: Der Spiegel, 4 de agosto de 2010.

²² Serge Halimi, *Greece in Chaos*, Le Monde Diplomatique, diciembre de 2011, citando al filósofo y economista greco-francés Cornelius Castoriadis.

Un tercer ejemplo de “crisis” democrática, y bien diferente, es Hungría. Su gobierno, elegido en 2010, ha estado todo el año pasado en desacuerdo con las instituciones de la UE y el Consejo de Europa en un gran número de temas: presuntas sospechas sobre la independencia del sistema judicial, los medios de comunicación, la autoridad sobre la protección de datos y el Banco Central²³. El Primer Ministro húngaro Victor Orbán, a su vez acusó a las instituciones europeas de “tratar a Hungría como una colonia”, como si estuvieran repitiendo la dominación soviética. (“Conocemos sobradamente el carácter de la ayuda no solicitada, aunque llegue vistiendo un traje elegante y no un uniforme con galones en los hombros”²⁴). Desgraciadamente su desafío coincide con la seria necesidad que tiene Hungría tanto del dinero de la UE, como del FMI. En la discusión actual, el tema que está en juego no es hasta dónde está o no justificada la controversia húngara sobre las reformas constitucionales, sino la profunda disputa entre las instituciones de la UE y un estado miembro sobre el carácter democrático de ese estado.

Más allá de estos tres ejemplos, hay anomalías democráticas en un amplio espectro de países europeos: en Rusia, que vive bajo lo que se ha dado en llamar una “democracia dirigida” en la que Putin y Medvedev alternan el poder supremo, mientras ejercen un control férreo sobre cualquier oposición y sobre los medios de comunicación; en la República Checa, enredada en la acusación de que un empresario millonario controle parcialmente el gobierno municipal de Praga²⁵; incluso en Bélgica, donde la conciencia regional es tan fuerte que distintos sistemas de votación de comunidades separadas luchan por proporcionar un parlamento nacional integrado²⁶.

Por lo tanto, en el ámbito nacional hay tres retos principales que pueden ser señalados: transformar la política de algunos estados que salen a duras penas de un pasado que estaba lejos de ser una auténtica democracia (Hungría, Rusia u otros); negociar las dificultades que algunos estados tienen para reconciliar tradiciones y aspiraciones regionales divergentes (Bélgica, España, Reino Unido, etc.); y sostener las políticas democráticas de un estado en medio de una crisis económica, donde las realidades y fuerzas transnacionales (incluyendo la UE en sí misma) ejercen una presión enorme, de modo especial cuando el paradigma económico está ampliamente interiorizado tanto por la clase política como por el público en general. Dado el espacio disponible limitado del que dispongo me concentraré ahora en este tercer reto.

Globalización económica y lucha entre finanzas y política

De acuerdo con Aristóteles y Platón –cuyas tradiciones se extienden hasta Tomás de Aquino y más allá de él– la función política conlleva responsabilidad “en favor de una vida buena y no sólo por el bien de la vida”. “La virtud –según Aristóteles “excelencia”– debe consistir en el cuidado de un estado que realmente sea virtuoso y que no sólo reciba este calificativo”

²³ Ver por ejemplo, la opinión del Consejo de Europa en la Comisión de Venecia el 19 de marzo de 2012 : [http://www.venice.coe.int/docs/2012/CDL-AD\(2012\)001-e.pdf](http://www.venice.coe.int/docs/2012/CDL-AD(2012)001-e.pdf)

²⁴ Simon Taylor, European Voice, 16 de marzo de 2012.

²⁵ Roman Janousek, acusado de ser el alcalde en la sombra de Praga, liquidó propiedades de la ciudad, realizó concursos públicos fraudulentos y enormes proyectos de desarrollo: <http://www.bbc.co.uk/news/world-europe-17521319>, visitada el 20 de febrero de 2012.

²⁶ Bélgica logró entre 2010 y 2011 un récord no deseado al sobrevivir 510 días con un gobierno provisional (mientras los servicios públicos básicos administrados por gobiernos regionales competentes, siguieron funcionando de un modo eficiente).

(Aristóteles, Política, Libro III, 9). Desde esta perspectiva, Platón ya identificó la amenaza que el dinero suponía para la política²⁷.

En su obra *Esferas de la Justicia*, Michael Walzer sostiene que la justicia precisa una comunidad política que decida qué es lo que el dinero puede y no puede comprar. Los empleadores pueden comprar el tiempo y las habilidades de una persona, pero no a las personas en sí mismas, porque eso conllevaría esclavitud. Las personas enjuiciadas pueden legítimamente –aunque quizás tristemente– asegurarse una ventaja decisiva contratando “al mejor abogado”, pero no pueden contratar al juez. Los políticos no pueden ser comprados, ni los ciudadanos pueden vender sus votos, ni las autoridades sus decisiones. El dinero tiene una función legítima, pero su alcance está restringido²⁸.

Con la globalización el dinero ha adquirido un poder renovado, algunas veces amenazando las consideraciones enumeradas por Walzer. Esto no significa que la globalización sea intrínsecamente mala –a pesar de que ese argumento ya ha sido planteado, por ejemplo, en *Promotio Iustitiae* por Ambrose Pinto sj²⁹–. Sencillamente quiere decir que el poder de un sistema financiero globalizado plantea serios retos a la democracia. Recientemente François Hollande, candidato socialista a las elecciones presidenciales en Francia reclamaba retóricamente: “*Mon véritable adversaire n'a pas de nom, pas de visage, pas de parti. Il ne sera donc pas élu. Et pourtant, il gouverne. Cet adversaire, c'est le monde de la finance*”³⁰.

En el centro de la globalización yace el poder de las corporaciones, las cuales sólo pueden crecer reforzando su presencia e influencia transnacionales. Elaborando estructuras de empresas filiales y transfiriendo pagos trasladan el beneficio donde les interesa, reduciendo así el pago de sus impuestos. Reducen su responsabilidad ante las políticas y reclaman desregulación maximizando su influencia política: por medio de lobbies como “Business Europe”³¹, o de prácticas como las llamadas “puertas giratorias”, a través de las cuales los políticos o funcionarios sénior pueden alternar trabajos de supervisión y empleos dentro de las empresas que acaban de supervisar³². Si se tienen los recursos suficientes, las decisiones políticas pueden, hasta cierto punto, ser compradas. Una UE “con voluntad de ser transparente”, empieza a atajar este problema, aunque por el momento de manera vacilante.

El sector financiero –con mucho el sector con crecimiento más rápido en la economía global– es opaco para los foráneos al mismo, es casi incontrolable en el pago de impuestos, busca crecimiento y beneficio con independencia de cualquier función social más allá de sí mismo, está controlado por y es beneficioso para los más ricos y, sin embargo, es capaz (como se demostró en la crisis económica de 2008) de repercutir sus pérdidas sobre los estados. Así,

²⁷ En *La República*, Platón atribuye a los comerciantes un papel estrictamente subordinado dentro del estado (su predominio conllevaría “oligarquía” y corrompería al estado). “Cuanto más valora la persona el dinero, menos valora la virtud... cuando la riqueza y los ricos son valorados en una ciudad, la virtud y las buenas personas lo son menos” (La República II, 371 & VIII 550-51).

²⁸ Michael Walzer, *Spheres of Justice*, Blackwell's Oxford, 1983, pp. 103-108.

²⁹ Ver *Globalización y Fe-Justicia: debate*, en *Promotio Iustitiae*, 2003/5 (81).

³⁰ “Mi verdadero oponente no tiene nombre, ni cara, ni partido. Por lo tanto no será elegido. Y sin embargo gobierna. Este enemigo es el mundo de las finanzas”, *Courrier International*, n.1116, 22-28 marzo, 2012.

³¹ <http://www.businessseurope.eu/Content/Default.asp?PageID=587>, visitado el 15 de febrero de 2012.

³² Un informe del FMI de noviembre de 2011 planteaba el asombroso éxito de tales tácticas para moldear las decisiones políticas en los EEUU: “Three's Company: Wall Street, Capitol Hill, and K Street”, Deniz Igan and Prachi Mishra”, en http://www.prachimishra.net/IM_lobbying%20and%20financical%20regulation_MAIN%20TEXT.pdf, visitado el 20 de febrero de 2012. Para Europa ver los informes del Observatorio Europeo Corporativo, en <http://www.corporateeurope.org/>, visitado el 20 de febrero de 2012.

los estados se vieron virtualmente forzados a rescatar a los bancos, con grave detrimento económico para ellos³³.

El poder político del dinero se impone de otras maneras. El sistema electoral de los EEUU está virtualmente cerrado a cualquiera que no pueda promover una campaña financiera: Mitt Romney no es sólo el candidato presidencial más rico de todos los tiempos, sino que parece ser más rico que todos los anteriores candidatos juntos. Por decisión del Tribunal Supremo en 2010, se autoriza a patrocinadores multimillonarios a gastar cantidades de dinero sin límite a través de Comités de Acción Política teóricamente independientes, llamados "Super PACS" (según sus siglas en inglés), con el fin de apoyar al candidato de su elección. Dado que este apoyo no es gratis, ¿son esas candidaturas una amenaza para la democracia? En el caso de que alguien piense que Romney no tiene su equivalente en Europa –y que por lo tanto Europa es más democrática que EEUU– podemos recordar cómo el aplastante poder económico de Silvio Berlusconi, junto con la utilización de los medios de comunicación de su propiedad, evitaron la obligada auditoría a su gobierno: ¿fue su gobierno más democrático que el del no electo Mario Monti?

Sin embargo, afortunadamente, las fuerzas generan reacciones y el poder de las finanzas globalizadas está produciendo actualmente una oposición tanto nacional como supranacional. En el Reino Unido la Comisión Vickers, apoyada por el gobierno, ha propuesto la separación de los bancos que sirven directamente a sus clientes, de los bancos de inversión que no necesitan ser rescatados por el estado cuando fracasan. Esto amenaza a los bancos transnacionales existentes. En el ámbito de la UE, la Comisión Europea emitió en marzo de 2012 un documento, el "Green Paper", proponiendo medidas para controlar el sector de los "bancos en la sombra" –entidades como los *hedge funds*, que se han librado hasta ahora de la efectiva supervisión política– que tenían un valor en 2010 de 46 billones de euros: 25-30% del total del sistema financiero y la mitad del total de los activos bancarios³⁴. Se han desarrollado otras regulaciones para mejorar la transparencia y supervisión de los "mercados menos regulados", tales como los de derivados, y los de nuevas prácticas como el "comercio de alta frecuencia"³⁵. La Comisión Europea propone un Impuesto sobre Transacciones Financieras –al que se oponen gobiernos como el de Reino Unido para proteger su poderosa industria financiera–, tanto para desalentar la especulación irresponsable, como para asegurar que el sector financiero no sea el único exento de aportar su contribución a la economía.

En cuanto al sector empresarial en general, en octubre de 2011, la Comisión Europea publicó una nueva política para promocionar la "responsabilidad social corporativa" (RSC) con el fin de asegurar que las empresas "desarrollaran un proceso que integre los derechos

³³ Como elemento clave de los intentos desesperados de la UE por rescatar el euro, el Banco Central Europeo ha prestado 280 mil millones de euros a los bancos a un interés del 1%, mientras el tipo de interés a un país como Italia puede ser del 5% o 6% (las tasas de interés han sido forzadas al alza por decisiones de las agencias de *rating*, inmunes a ningún tipo de control).

³⁴ http://ec.europa.eu/internal_market/bank/docs/shadow/green-paper_en.pdf

³⁵ Las compras de alta frecuencia favorecen tácticas tales como emitir rápidamente muchas órdenes canceladas previamente en una técnica denominada *quote stuffing*. Con tal propuesta, las órdenes han de permanecer en el Mercado por, al menos, 500 milisegundos antes de que puedan ser canceladas (i) y los operadores que cancelan continuamente serían penalizados: <http://www.euractiv.com/euro-finance/eu-lawmaker-turns-screw-ultra-fast-trading-news-511783>.

sociales, medioambientales, éticos y humanos en sus operaciones de negocio y en el centro de su estrategia, en estrecha colaboración con sus accionistas”³⁶.

Hasta 1980, tras varias décadas de crecimiento económico consistente y de pleno empleo los ciudadanos de la Europa Occidental y de los EEUU –la situación era totalmente diferente en el resto del mundo– habían asumido que el progreso económico era un “derecho” unido a la ciudadanía democrática. La tensión entre los mercados y la democracia fue convenientemente ocultada. A medida que el crecimiento cayó y el desempleo aumentó, los gobiernos se endeudaron enormemente para conservar los servicios y beneficios públicos, ajustando las coberturas nacionales pero acumulando una enorme deuda pública. La crisis económica condujo entonces a los gobiernos, en aras del bien común, al rescate de instituciones financieras estratégicas que antes de la crisis insistían en ser autónomas. De manera que ahora vivimos en medio de una lucha triangular entre los mercados financieros, los estados soberanos y los regímenes regulatorios transnacionales, que están emergiendo lentamente para responder a la nueva situación global³⁷. Es imposible predecir de un modo fiable el resultado de esta lucha.

Finalmente, este argumento sobre el papel de las normas del sistema financiero ejemplifica un debate más amplio sobre las relaciones entre democracia e igualdad. La experiencia muestra que la concentración de poderes económicos socava el requisito democrático de un poder político repartido. Esta percepción subyace en el corazón de una polaridad crucial propuesta por el Papa Juan Pablo II en la encíclica *Centesimus Annus* (1991) que contrasta una economía de “libre mercado” con una “economía libre”.

“Los gobiernos tienen la tarea de determinar el marco jurídico dentro del cual se deben conducir los asuntos económicos, preservando los requisitos de una economía libre, lo cual presupone una cierta igualdad entre las partes de tal modo que una no sea tan poderosa como para someter a la otra” (§.15).

Cuando un sistema económico está hecho totalmente a expensas de otras dimensiones de la vida humana, “la libertad económica” en realidad aliena y oprime.

¿Puede la democracia evolucionar para sobrevivir?

La segunda parte de mi exposición ha intentado mostrar que, en el contexto de la globalización económica, el alcance de la responsabilidad política deber ir más allá del todavía predominante paradigma del estado-nación. Los sufrimientos crecientes son ya graves, tal como se muestra en las luchas intergubernamentales dentro de la UE y en las protestas de los estados contra Bruselas. Sin embargo, la conciencia política ya ha evolucionado profundamente. La polis de Aristóteles era una pequeña ciudad-estado, gobernada por definición por sus ciudadanos, aunque esos ciudadanos fueran una pequeña minoría privilegiada del total de sus habitantes. La paz de Westfalia de 1648 consagró el derecho del estado-nación a ser soberano sobre un territorio limitado geográficamente. Este predominio ayudó a vencer el peor de los conflictos entre señores feudales, pero abrió el camino a otros conflictos no menos destructivos entre naciones competidoras, como

³⁶ http://ec.europa.eu/enterprise/policies/sustainable-business/corporate-social-responsibility/index_en.htm. Para muchas organizaciones de la sociedad civil, los modelos de RSC son necesarios pero insuficientes, ya que el marco de trabajo voluntario, en ausencia de fuerza coercitiva, finalmente convierte a las compañías en poco fiables. Sin embargo, el negocio del medio ambiente está cambiando. Los “inversores” son más que “accionistas”. Nadie puede hoy día decir como hace un siglo: “Lo que es bueno para General Motors es bueno para América”.

³⁷ Markets now rule the world, Wolfgang Streeck, *Le Monde Diplomatique*, enero de 2012.

sucediera en las “guerras mundiales” del s. XX. Si es verdad que el compromiso de las personas con sus naciones se apoya sobre su confianza en que la nación es el árbitro de su destino o de su prosperidad, las crisis económica y medio ambiental actuales muestran ya que esta creencia cada vez es menos cierta.

Algunas estructuras federadas –la ONU (Organización de Naciones Unidas), la OMC (Organización Mundial del Comercio), etc.– parecen en la actualidad indispensables para una gobernanza internacional, a pesar de sus defectos. Sin embargo, estas instituciones continúan siendo principalmente intergubernamentales, como deja en evidencia cada veto del Consejo de Seguridad de la ONU. La OMC puede incluso aprobar sentencias contrarias a los intereses inmediatos de las naciones más poderosas; sin embargo, estas mismas naciones utilizan a la OMC para perseguir sus intereses nacionales principalmente. El Papa Benedicto XVI en *Caritas in Veritate* (2009) va tan lejos como para proponer una “verdadera autoridad política mundial”, conseguida en parte mediante la necesaria reforma de la ONU, de manera que “el concepto de familia de naciones se convierta en una realidad” (§.67).

La UE es un proyecto más radical que el de la ONU. No tiene precedentes y es único. En principio, y en el mejor de los casos, la UE habilita a los estados a trascender su identidad y sus intereses nacionales, ejercitando una autoridad política junto con otros estados y estableciendo acuerdos económicos que incorporen la atención internacional sobre los más débiles. A pesar de que la UE constantemente incumple sus aspiraciones, es de destacar la pretensión misma de construir de común acuerdo un nuevo cuerpo político adecuado a las realidades internacionales del mundo moderno y que no sea únicamente económico ni meramente jerárquico.

Decir que la UE es “anti-democrática” es sencillamente un error. Esta calificación procede de dos hechos: de su lejanía de la vida diaria de las personas y de su inherente complejidad. Ninguno de los dos hechos es falso, pero ninguno tampoco totalmente convincente. Sería difícil decir que la UE está más lejos de los 500 millones de europeos, que el estado indio de los 1.200 millones de indios. Por otro lado, aunque la complejidad es innegable, como sucede con la relación entre principios intergubernamentales y los propios de la ciudadanía³⁸, no es necesariamente más complejo que el gobierno de Bélgica –un estado de menos de 11 millones de personas– al que ya me he referido. La propia UE es consciente de estas dificultades como se manifiesta en mecanismos de participación activa tan elaborados como pueda ser la propuesta de “iniciativa ciudadana”.

En mi opinión, el déficit real de democracia procede de medidas pragmáticas llevadas a cabo bajo presión, como por ejemplo, durante una la crisis financiera, como es el caso de las exigencias planteadas a Grecia por la “troika” y a las que me he referido anteriormente. Pero incluso este caso no es realmente una novedad. Es de sobra conocido que en los años 80 y 90 los Fondos de Ajuste Estructural ofrecidos por el FMI y el Banco Mundial para los países en vías de desarrollo, iban acompañados de la petición de que los países receptores implementaran políticas de privatización y desregulación, sin mandato democrático. Nos ofende más este proceso porque en él los europeos son a la vez víctimas y jueces.

El déficit democrático es a veces una mera caricatura por la que los gobiernos nacionales se aferran a un estatus absoluto del que disfrutaban bajo el modelo de Westfalia. Si admitimos la primacía de la política sobre la economía, y si reconocemos que la globalización económica escapa del control político de las naciones-estado, entonces evidentemente

³⁸ Para más detalles ver Frank Turner, *Thinking Faith*: “Does the European Union need a Constitutional Treaty?”, enero de 2008: http://www.thinkingfaith.org/articles/20080118_6.htm).

necesitamos una pluralidad de instrumentos para ejercitar la responsabilidad política de modo transnacional.

Conclusiones

Nos enfrentamos no sólo a una crisis económica, sino a una crisis en relación con el medio ambiente y el cambio climático. Ambas crisis requieren estados que compartan sus poderes soberanos y renuncien a una autoridad unilateral sobre sus pueblos. Este paso casi nunca conllevará la aprobación popular, ya que las medidas necesarias serán previsiblemente desagradables. De manera que se podría decir que la crisis económica y la del medio ambiente, consideradas en su conjunto, conducen a una crisis democrática.

Pierre Rosanvallon ha considerado esta cuestión en su libro *La Contre-democratie: La Politique à l'âge de la Défiance* (2006). Nos encontramos en una “sociedad del riesgo” mucho menos estable que antes, de manera que no es sorprendente que haya disminuido la confianza en las “modalidades democráticas clásicas” de sufragio universal. Rosanvallon habla de contracorrientes en una sociedad que expresa una especie de desconfianza generalizada hacia la política³⁹. Sin embargo, si afirmamos que la democracia no consiste esencialmente en el “voto”, sino en la rendición de cuentas de los líderes políticos hacia aquéllos que representan, entonces las formas alternativas de crítica y vigilancia no son “contrarias a la democracia”, sino contrapesos a la misma: una forma de vigilancia necesaria. Las huelgas y las manifestaciones –como los disturbios de Grecia arriba mencionados– pueden ciertamente degenerar en populismo destructivo sin esperanza. Pero es falso sugerir que la población en general ha estado anestesiada en una pasividad despolitizada por la TV y la publicidad.

La democracia es exigente para todos, las demandas no se limitan a aquéllos que tienen un rol institucional definido⁴⁰. En la Europa actual este espíritu necesita expresarse en múltiples ámbitos, local, nacional y supranacional: no sólo en representación de los ciudadanos –ya Michael Walzer sugirió que la tiranía de los ciudadanos sobre los no ciudadanos es probablemente la forma más común de tiranía en la historia de la humanidad⁴¹–, ni tampoco sólo en representación de Europa, sino por el bien común, un bien sin límites de nación o de continente.

Original inglés
Traducción de María Rodríguez

³⁹ El periodista político británico Jeremy Paxman, bien conocido por su controvertido programa de TV en el que entrevista a políticos, dijo medio en broma que siempre tenía una pregunta, que no hacía, en el fondo de su mente y que estructuraba la entrevista: “¿Por qué me está mintiendo este bastardo?”

⁴⁰ *The New Science of Politics*, Chicago, 1952.

⁴¹ *Spheres of Justice*, p.62.



El camino pedregoso de la democracia latinoamericana

Alejandro Angulo Novoa, SJ

El autor considera la desigualdad –arraigada en la cultura y que va más allá de la organización política– la fuente principal de los problemas de gobernanza en Latinoamérica. El artículo privilegia el análisis de la crisis ética. Recorre los poderes fácticos que dominan la sociedad y que conducen a una desigualdad social, económica y política. Finalmente señala que la renovación espiritual y la defensa de los más débiles son modos en que la Compañía puede responder a los retos planteados.

La democracia en Latinoamérica, o *Nuestra Democracia*, como reza el título del Informe que la Organización de Estados Americanos, OEA, y el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas elaboraron en 2010⁴², enfrenta tres grandes desafíos: (1) la participación política para resolver la crisis de representación, (2) la organización republicana con separación y control recíproco de los poderes, (3) la debilidad del Estado⁴³. Esta es una visión técnica del problema. En realidad, las raíces de nuestra 'ingobernanza' se hunden en la desigualdad cultural, heredada de la colonización europea y abarcan mucho más que la organización política. Y esta desigualdad no solamente mina la organización republicana de los 18 estados latinoamericanos, sino que mantiene en todos ellos un componente mayoritario de pobreza que vuelve nugatorio el nombre mismo de la democracia. En pueblos hambrientos no hay poder popular. El documento reconoce la desigualdad, con su inequidad originaria, pero se enfoca más en estudiar las consecuencias políticas que en descubrir la entraña cultural y, por lo tanto ética, del fenómeno⁴⁴. En consecuencia, sus recomendaciones se dirigen hacia la formalidad de los mecanismos necesarios para resolver los problemas inherentes a esos tres grandes desafíos. Estos mecanismos son necesarios y, en su mayor parte están instalados en el subcontinente. Pero funcionan mal o, simplemente no funcionan.



Nuestro objetivo, en cambio, privilegia el análisis de la crisis ética, dado que aquí se trata de centrar la reflexión sobre algunos elementos pedagógicos para enfrentar esa crisis. Esa pedagogía se deriva de los principios que la Compañía de Jesús ha establecido como guías

⁴² Nuestra democracia / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos. — México : FCE, PNUD, OEA, 2010.

⁴³ Ibidem, p. 15

⁴⁴ Ibidem, p. 29

de su apostolado: (1) la promoción de la justicia como servicio de la fe y (2) la atención de preferencia a los más pobres.

Para obtener nuestro objetivo miraremos, en primer lugar, el diagnóstico realizado por las entidades internacionales para hacer luego algunas consideraciones sobre nuestro apostolado.

La ciudadanía truncada

En la visión técnica de la OEA se detectan como desafíos “la dificultad para expandir los derechos de ciudadanía” y las “grandes concentraciones de poder político”, después de “haber dejado atrás el espectro del militarismo”⁴⁵. Parecería que esta manera de ver, está algo desenfocada porque ignora la omnipresencia actual del poder militar que no es sino uno de los “poderes fácticos” a los cuales se alude a lo largo y ancho del documento. El hecho innegable de haber superado las dictaduras militares en su forma cruda, no significa que hayamos superado el militarismo. En Latinoamérica y, tal vez se podría decir que en toda América, los ejércitos siguen siendo estados dentro de los estados. Varias de las promesas electorales del presidente Obama no se han cumplido porque no lo ha permitido el Pentágono, como bien lo saben en Guantánamo.

Este recurso fácil a la violencia, ya sea mediante la intervención de los ejércitos en el mantenimiento del orden público, ya sea con la ordinaria “brutalidad policíaca”, es parte esencial del talante capitalista mundial, pero tiene fuerza especial en toda la América, desde Behring hasta la Patagonia, donde reviste dimensiones fuera de toda proporción. Hasta el punto de que el mismo informe se pregunta con cinismo: “¿Cuánta inseguridad y falta de Estado democrático y cuánta pobreza y desigualdad resiste la democracia?”⁴⁶ Pero no pregunta cuántos militares requiere la democracia definida como patente de corso para la acumulación de capital financiero.

Considerar los abusos y sus causas como parte inevitable de la realidad, que se describe como una “democracia truncada”, es lo que ha permitido que la consciencia moral de los pueblos latinoamericanos se deteriore y que se llegue al estado de indiferencia alarmante que se observa, por ejemplo, en Colombia frente a las víctimas de lo que allí se denomina el “conflicto social armado”. Otro tanto se insinúa también en las tragedias reales de los indígenas y de los negros, en los otros países donde estos grupos son minorías étnicas. Se podría generalizar esta insensibilidad social como la indiferencia de unos grupos privilegiados hacia las mayorías pobres. En todo lo cual hay una vieja raíz sembrada durante la colonización, pero que todavía brota cogollos clasistas con un fuerte tinte de racismo.

Sin embargo, al enfocar la ciudadanía y la concentración del poder, el Informe de la OEA sí está tocando el nervio del asunto. Mucha de la ciudadanía latinoamericana es de papel. El concepto de ciudadano es una ficción jurídica que depende enteramente del estado de derecho. Pero justamente el estado de derecho es el talón de Aquiles de la democracia latinoamericana. No se puede considerar estado de derecho una realidad social plagada de poderes fácticos: son dos términos contradictorios. En esta situación es donde la construcción del reino de Dios adquiere un significado muy preciso y una urgencia inaplazable.

Un primer poder fáctico es el de los presidentes que ‘legislan’. El informe citado muestra cómo, entre los países de los que se tiene información sobre uso de facultades legislativas

⁴⁵ Ibidem, p. 57

⁴⁶ Ibidem, p. 58

extraordinarias por parte de los respectivos presidentes, entre 1980 y 2007, el mayor número de veces corresponde a Ecuador y Venezuela con más de 8 recursos a los poderes extraordinarios, seguidos por Argentina y Brasil con 7 y por Colombia con 5. Esto muestra hasta qué punto se concentra el poder en la región y hasta qué punto es deficiente allí el sistema de controles y balances del mismo poder, lo cual constituye la entraña de la democracia.

En el mismo sentido, una mirada a las reformas de las respectivas constituciones atestigua que lo de estados de papel no es una caricatura, ya que cada reforma, en la situación actual de inequidad y desigualdad, es una nube de incertidumbre que se cierne sobre la carta magna del derecho ciudadano. Lo cual se ejemplifica en el informe de la OEA, recurriendo a un índice de 0 a 3 para indicadores de derechos civiles básicos que como lo muestra el cuadro siguiente indican una diferencia significativa entre América Latina y Europa occidental:

Año 2000	Libertad de expresión	Libertad de asociación	Derechos de los trabajad/s	Derechos económ. fem.	Derechos sociales fem.
América Lat.	1,39	1,67	0,72	1,33	1,39
Europa occid.	1,71	1,81	1,77	2,15	2,62

Ahora bien, este primer poder fáctico es un desorden dentro del orden jurídico. En cambio los restantes poderes fácticos se mueven en los márgenes o fuera de la legalidad estricta. Si uno mira desde la perspectiva ética, no cabe duda de que los abusos de los poderosos no solamente son inmorales sino que son ilegítimos, así ellos los consideren legales, dado que violan la justicia y la equidad, paseándose por el borroso límite de la legalidad construida por ellos mismos, apoyados en sus privilegios mal habidos.

El segundo poder fáctico, que no coloqué en el primer lugar para no alterar la fuente de información, son los grupos económicos, los empresarios y el sector financiero. Una encuesta de 2004, realizada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, relata cómo un 79% de los encuestados están de acuerdo en que esos grupos son los que tienen más poder. Siguen como tercer poder fáctico, los medios de comunicación, con el 65% de la opinión. Si se tiene en cuenta que los encuestados son en su mayoría estratos altos y dirigentes, se entiende la distinción que hacen entre empresarios y medios de comunicación, la cual, en realidad es ficticia pero hace parte del mito democrático de las plutocracias. Los medios de comunicación en Latinoamérica, como en todo el mundo, son herramientas de los dueños del dinero. En tercer lugar se encuentran las iglesias con el 43,8% de la opinión. Si se considera este gran poder de las iglesias cristianas y el predominio general del catolicismo, podría también preguntarse qué significa en la práctica la "opción preferencial por los pobres" que campea en sus documentos recientes. En el sexto lugar, o sea con el 26% de la opinión, la encuesta coloca lo que llama poderes ilegales, a saber: mafias, narcotráfico, guerrilla, paramilitares. Y en último lugar vienen las organizaciones de la sociedad civil con el 12,8% de la opinión. Vale la pena notar el puesto de la sociedad civil para entender la democracia latinoamericana. Pero es todavía más revelador que la percepción sobre el poder de los grupos ilegales tenga más de la cuarta parte de la opinión, puesto que como poder fáctico tiene un peso grande, sobre todo, si se tiene en cuenta que el poder del narcotráfico está ligado por lazos clandestinos al poder del dinero, con lo cual se configura una alianza poco edificante pero tremendamente real y eficaz.

En forma correlativa a esta estructura contradictoria de concentración jurídica de poder y al mismo tiempo de dispersión por obra de los poderes fácticos, la democracia latinoamericana genera una pobreza endémica legal, social y económica. El Informe de la OEA, luego de una discusión discutible, concluye que el Estado latinoamericano ha venido recuperando funciones, poderes y capacidades instrumentales pero que también ha ido ocupando “espacios inapropiados, por ejemplo en la producción de bienes y servicios”⁴⁷. Se profesa aquí la fe liberal y el debate sobre más o menos estado, que en el Informe se trata de resolver por el camino de menos estado pero más eficaz, con el fin de no traicionar su fe capitalista. La cual, además, se conjuga con la fe en la capacidad del mal llamado mercado libre para resolver los problemas de las necesidades básicas, en la cual se profesa erróneamente que todos los bienes y servicios se pueden distribuir de manera eficiente a través del mercado. Y sin embargo, a renglón seguido se admite, con razón, que las fallas de los mercados de provisión de servicios sociales privatizados termina segmentando mucho más los sistemas, y que los agentes de dichos sistemas segmentados tienden a especializarse en los segmentos más pudientes de la sociedad, como ha sucedido con la salud, la educación, etc.

Esta contradicción hace parte esencial de la concepción liberal capitalista en la que están matriculados los grupos privilegiados de nuestros países y que supone que para poder acumular la riqueza debe existir una población pobre que se pueda explotar sin consideraciones. Los datos siguientes lo comprueban, ya que el maquillaje de la realidad de la pobreza es un indicador de que los valores humanizantes son escasos y que esos pocos sucumben frente a la codicia y a la soberbia del poder.

La sociedad truncada

Un indicador fuerte de la desigualdad, como base de la organización social, es la informalización del empleo, o más precisamente, la *precarización* del mismo. Es un tema neurálgico porque el trabajo digno es una de las fuentes de seguridad de las personas y por lo mismo de humanización de la sociedad. Las políticas estatales, en muchos lugares, han adoptado una forma de contratación sin responsabilidades sociales que llamamos precarización y cuyos agentes emblemáticos son las cooperativas de trabajo asociado. Este es el nuevo nombre para gestionar la esclavitud mediante la creación legal de agencias hostiles al trabajo digno que, con frecuencia, se combinan con la persecución antisindical. Esta persecución no vacila en recurrir al homicidio de los sindicalistas.

Para tener una idea sintética de la situación social mirada desde las Naciones Unidas se puede usar también el índice de desarrollo humano que resulta de combinar la esperanza de vida al nacer que mide la buena salud, los años de escolaridad que miden la educación y el ingreso bruto per cápita que mide la capacidad económica. En ese indicador de lo que podríamos llamar de manera muy laxa ‘nivel de vida’, tenemos que Argentina y Chile tienen un nivel “muy alto” de desarrollo humano; Uruguay, Cuba, México, Panamá, Costa Rica, Venezuela, Perú, Ecuador, Brasil, Colombia, tienen un nivel “alto”; República Dominicana, El Salvador, Paraguay, Bolivia, Honduras, Nicaragua, Guatemala, un nivel “medio”; Haití, un nivel “bajo” de desarrollo humano. Pero hay que ver qué significan en la realidad esos niveles.

Dentro de los 187 países considerados en el informe, el conjunto latinoamericano está ubicado entre los puestos 44º, ocupado por Chile y 158º, ocupado por Haití, o sea que hay 43 países que superan a Chile y 29 después de Haití.

⁴⁷ Ibidem p. 153

En la educación el nivel muy alto se mueve entre 12,6 años y 7,3 años de escolaridad, el nivel alto entre 12,1 y 5,5, el nivel medio entre 10,7 y 2,3 años y el nivel bajo entre 7,2 y 1,5 años. El promedio latinoamericano es de 6,24 años de escolaridad, que no es un ideal cuando se piensa que hoy es posible tener una sociedad con un promedio doble de 12,4 años de escolaridad, como los Estados Unidos.

En cuanto a los medios de subsistencia, en América Latina hay hoy aproximadamente 134 millones de personas subsistiendo con menos de 4 dólares diarios y 77 millones sobreviviendo con menos de 2 dólares por día. Un eco de esta carencia es una tasa de mortalidad infantil de 19 muertes por cada 1.000 nacidos vivos en todo el continente, 32 en el Caribe, 18 en Suramérica y 17 en Centroamérica. La esperanza de vida al nacer oscila entre 76 años en América Central, 74 años en América del Sur y 72 años en el Caribe. En Bolivia es de 67 años y en Haití es de 62 años. El porcentaje de población que dispone de abastecimiento de agua potable es de 97% en las ciudades y 80% en el campo.

Con todas sus limitaciones el índice muestra que Latinoamérica está en una etapa intermedia de desarrollo humano, según las Naciones Unidas. Otro tanto se puede decir de la democracia medida en esa forma convencional. Y eso es lo que ha llevado a que la cooperación internacional se vuelque hacia el Africa, donde los índices de desarrollo humano son más bajos. Pero lo que revela la situación de derechos humanos es que ese 'nivel intermedio' tiene un costo social muy alto.

Ahora bien, la cooperación internacional es otra de las expresiones altisonantes con mucho ruido y pocas nueces, cuya realidad ha marcado todo tipo de intervenciones desde la acción humanitaria hasta su contradictorio fortalecimiento de los ejércitos de los distintos países. En estos ámbitos elevados no se habla del tráfico internacional de las armas.

En sociedades que, como se ha visto, son políticamente débiles por desiguales, y vulnerables por su pobreza que las vuelve inestables en todos los niveles de la existencia, las "ayudas externas amarradas" han producido efectos lamentables no solamente en el campo de la política y de la economía, sino sobre todo en el campo ético porque minan la autonomía de movimientos de las organizaciones que hubieran podido desarrollar su creatividad si no se hubieran sometido al patronazgo de financiadores temporales y caprichosos. En este punto nuestra reflexión tiene que revisar sin miramientos la forma como se ha entablado, seguido y terminado esa cooperación tanto la intergubernamental como la que se ha llevado a cabo con cooperantes privados. Y hay que tener la lucidez al hacer los balances de pérdidas y ganancias en nuestro apostolado social, cuando ha sido condicionado por esas llamadas ayudas.

En resumidas cuentas, la desigualdad social, económica y política no se compagina con la dignidad humana que suponen los estados de derecho. Examinemos, pues, así sea de manera sumaria, el estado de los derechos humanos entre nosotros.

Los derechos truncados

El informe de Amnistía Internacional para 2011 es elocuente. La defensa de los derechos humanos sigue siendo una tarea peligrosa en gran parte de la región. Por ejemplo en Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras, México y Venezuela, los activistas son blanco de homicidios, amenazas, hostigamiento o actuaciones judiciales arbitrarias. En Colombia y Brasil se implantaron algunos mecanismos de protección, pero su eficacia, como en México, no es ni mucho menos satisfactoria.

Los indígenas de toda América se han movilizado con vigor, pero las violaciones de sus derechos continúan y la impunidad es mucho mayor en estos casos que en los de los pobres no indígenas. La proliferación de la agroindustria, el auge de la minería, los megaproyectos como los embalses y las grandes carreteras, ponen en riesgo a todos los pequeños campesinos, pero sobre todo, a los indígenas y negros, en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Guatemala, Panamá, Paraguay y Perú. Poblaciones enteras son sometidas a amenazas, acoso, desalojos forzosos, desplazamientos y homicidios.

Los últimos años han visto manifestaciones multitudinarias contra políticas de los gobiernos en todas las necesidades sociales y ambientales: acceso a la tierra, a la educación y todos los demás servicios públicos. En el 2011, las manifestaciones de protesta en el Ecuador revistieron un vigor amenazante.

En México, Centroamérica, Brasil y el Caribe las violaciones a los derechos humanos tienen como escenario las zonas pobres de sus ciudades, y como protagonistas a los delincuentes y a las fuerzas de seguridad. En Colombia una gran parte de la zona rural sufre abusos peores que en los mencionados países por parte de guerrilleros, narcotraficantes y militares, con el agravante de que las fuerzas de seguridad promueven, además, las bandas paramilitares de manera sistemática. Esta estrategia pone de relieve un nivel de corrupción que no solamente es una plaga de la fuerza pública sino que se extiende a lo largo y ancho del panorama político y económico.

Según los observadores de Amnistía Internacional, los gobiernos se rehúsan a tomar las medidas de control de dicha corrupción y se empeñan en usar las armas contra ese mal, que, sin duda alguna, desde nuestro punto de vista es un mal moral que no puede ser curado con más violencia. El resultado concreto de dicha estrategia ha sido la proliferación de todo tipo de violaciones a los derechos humanos, entre las cuales sobresalen por su doble perversión las ejecuciones extrajudiciales disfrazadas de “muertos en combate”, las cuales en el caso colombiano, han sido con mucha frecuencia, objeto de recompensas y promociones dentro de las filas. Ni México, ni Brasil, ni Colombia han logrado controlar a sus fuerzas públicas, a pesar de los esfuerzos en ese sentido. La impunidad en general, pero mayor aún respecto de los militares, hace que la defensa de los derechos humanos, además de los riesgos ya señalados, se convierta en una actividad sospechosa para las sociedades engañadas por los medios de comunicación masiva y que los defensores de derechos humanos pasen a ser tratados como enemigos públicos y en el peor de los casos terroristas de cuello blanco.

En medio de este panorama poco alentador de ignorancia afectada y desprecio alevoso de los derechos humanos, las mujeres y los niños llevan la peor parte. No hay una consciencia clara ni de la dimensión ni de los alcances de la violencia contra los infantes y los niños pequeños, lo mismo que contra la mujer.

Y en este fenómeno se va de la violencia doméstica y de impronta sexual a la violencia antifemenina como arma de guerra.

El apostolado social

La respuesta de la Compañía de Jesús a estos desafíos de nuestros pueblos ha sido múltiple y en muchos casos heroica, como corresponde a la complejidad de los problemas enunciados. Sus vertientes han sido el análisis de las dificultades y la acción correspondiente, dentro de las particularidades de cada país, en muchas ocasiones hasta el martirio.

De todo lo anterior se desprende una primera conclusión: la defensa a rajatabla de la dignidad humana es una prioridad, que es, además, una marca original jesuítica. Somos herederos de la época autodenominada humanista. Nuestras sociedades, en cambio, encuentran difícil escapar al materialismo que cosifica al ser humano: la economía y la política hegemónicas en el mundo de hoy tienden a esa tecnificación sin alma que robotiza a mujeres y hombres y los vuelve esclavos de sus propias máquinas. La respuesta es, sin duda, la espiritualización. Hace algunos años Ricardo Antoncich S. J. nos exhortaba a cultivar la espiritualidad de la liberación. Y en ese campo nuestro carisma original es óptimo: hay que llegar y arrastrar al mundo a la contemplación para alcanzar amor. Lo cual, desde luego, presupone la purificación personal y social que describe el Padre Ignacio en su librito magistral.

La segunda conclusión es que esa defensa del humanismo, entendido como el cuidado amoroso de la dignidad humana, tiene una prioridad: la defensa de los más débiles. Ya vimos como Latinoamérica está marcada por una desigualdad descomunal, y por una violación escandalosa e impune de los derechos humanos de numerosas poblaciones. Parodiando a un mandatario colombiano que se refería a la corrupción, “tenemos que reducir la desigualdad a sus justas proporciones”. Me parece que este es el significado profundo de la preferencia por los pobres. No basta con satisfacer, por un momento, una necesidad básica. Eso es humanitarismo, que es insuficiente. Hay que comenzar por montar el sistema que provea a todas las necesidades básicas de los pobres. Sin ese humanismo integral no hay vida digna.

Los dos desafíos requieren soluciones que van a contrapelo de la cultura dominante, poseída por los medios de comunicación y el consumismo homogeneizador. Los dos factores combinados oscurecen y empobrecen la consciencia individual con la falsa apariencia de su ampliación a escala global. Esa circunstancia hace más difícil la interiorización que sirve de base a la espiritualidad profunda, la cual es, a su vez, la única forma de prevenir o curar la extroversión banalizadora. Tenemos que conectarnos con el Espíritu, no con Internet.

Así mismo, sin esa consciencia ampliada es inútil esperar que sintamos ninguna responsabilidad por los demás, y en especial por los más necesitados. La alienación que nos mantiene conectados con todo el mundo, nos hace ignorar y descuidar a los que tenemos a nuestro lado, sobre todo, cuando a éstos les negamos la voz y el voto en nuestra sociedad. O peor aún, cuando consideramos que son poblaciones superfluas y por tanto desechables, como viene pensando una parte significativa de los privilegiados inconscientes desde los tiempos de Malthus. No podemos considerarnos ajenos a esta tentación egoísta que ignora la solidaridad y nos encierra en nuestro pequeño mundo. El clamor de los pobres en Latinoamérica es la revelación de Cristo para nosotros. Y el atender ese clamor y responder con amoroso cuidado es el camino que nos lleva hacia Dios.

*Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)
Bogotá, Colombia*

Secretariado por la Justicia Social y la Ecología

C. P. 6139 – 00193 Roma – Italia

+39 06689 77380 (fax)

sjes-sec@sjcuria.org